



N.º: 712146061

WWW.REGISTRODEOBRAS.ES
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS



CRISIS DE VALORES

Miguel Cobaleda

Salamanca

Jueves, día 12 de Octubre de 2023

Miércoles, día 25 de Octubre de 2023

Los períodos de crisis más emblemáticos son aquéllos en los que hay un cambio (un vuelco) total del conjunto general de los valores, una revolución axiológica. Por su importancia individual, su relevancia social y el hecho de que constituyen el fundamento de las relaciones humanas, los períodos de crisis de valores son especialmente desasosegantes:

1. Los valores están presentes en todos los momentos y actividades, individuales y colectivos, de los seres humanos, son el fundamento, la base, sobre la que se construyen esas relaciones y, al mismo tiempo, los hilos de la trama que las dibujan. No se pueden descuidar, no se pueden ignorar y, aunque se pueden modificar y matizar, es siempre pagando un alto precio individual y social. Y su aparición es siempre el inicio de un sistema social nuevo y distinto, una sociedad diferente con todo lo que eso conlleva:
 - a. Cese de las certezas.
 - b. Imposibilidad de sustentar en los valores antiguos –ya discutidos– los juicios vitales.
 - c. Sensación de desamparo existencial, de desnudez ontológica.
 - d. Pavor de una libertad sin límites (sensación terrible, pues una cosa es la libertad de delinquir contra las reglas establecidas, y otra muy diferente que no existan reglas, y hasta el delito deje de tener sentido).
 - e. Ya no es posible el juego social, al no haber reglas que lo regulen. Estamos sentados a una mesa jugando una partida existencial que llamamos vivir y desaparecen los naipes, las fichas, las reglas del juego, el propio juego: nadie sabe qué hacer, ni los jugadores honrados que conocían las reglas y las acataban, ni los tahures que las conocían pero las traicionaban. De pronto flotamos en un vacío ontológico sin nada a lo que agarrarnos para continuar existiendo.
2. Los valores son referencias globales del comportamiento individual en su relación con el grupo social al que pertenece el individuo. Es por su relación con los valores como se le juzga, y se le acepta o se le rechaza. Además, también son los valores los fundamentos del propio juicio que hace el sujeto individual sobre sí mismo.
 - a. Para que un individuo sustente valores diferentes a los vigentes en su grupo social, se atenga a ellos, ignore o resista los del grupo social en su conjunto, se necesita que dicho sujeto sea alguien de genio superior y de un alma muy firme, o esté motivado, dirigido y sustentado por un poder supremo, divino o similar. Un ejemplo adecuado de este tipo son los profetas, predicadores de sistemas de valores distintos de los vigentes, los profetas se sostienen sobre el manto de poder del Dios que los dirige y los envía a profetizar. No olvidemos que muchos de los tales profetas fueron asesinados por sus propios paisanos.

- b. No siempre es fácil soportar el rechazo que los nuevos valores que el genio propicia provocan en el grupo social, a menudo ese rechazo es letal y acaba con el profeta en la horca.
- c. Peor aún es el juicio que el innovador hace sobre sí mismo:
 - i. En parte porque no siempre ve con claridad su propia función innovadora, sus dudas pueden ser terribles.
 - ii. En parte porque él también es hijo de los valores anteriores, todavía vigentes en su mundo, y atreverse a conculcarlos es siempre una heroicidad que cuesta sangre:

[Suelo usar como ejemplo la historia vital y profesional del astrónomo Johannes Kepler, porque se trata de un ejemplo paradigmático y por la mucha admiración que profeso a este sabio. También al respecto de lo que estoy escribiendo.- Kepler (1571–1630) nació 28 años después de la muerte de Copérnico (1473–1543), y 57 años después de que Copérnico publicara su *Nicolai Copernici: De Hypothesibus motuum coelestium a se constitutis commentariolus*, donde expone ya –aunque sin aparato matemático– su teoría heliocéntrica. El heliocentrismo estaba, pues, en onda en los círculos astronómicos europeos. Pero la idea de la perfección absoluta de lo celestial estaba aún firmemente asentada en las mentes de los estudiosos (y de todo el mundo): los cielos son perfectos, luego sus movimientos tienen que ser perfectos; el movimiento perfecto es el que se desarrolla con una igualdad=regularidad absoluta; ése tal modelo es solamente la circunferencia. Luego todos los movimientos celestiales tienen que ser circulares. Esta idea de la circularidad estaba tan asentada dentro de las mentes científicas de ese momento como ahora pueda estarlo el hecho de que los aviones vuelan: no importan las evidencias en contra (que pesan más que el aire, que ascienden con una lentitud inquietante, que se sostienen “sobre” un principio físico al que no le confiaríamos ni nuestra calderilla del monedero...), se trata de una creencia anterior a toda reflexión, implantada por medios “quirúrgicos” (ahora por la evidencia constante, entonces por la superstición religiosa y los milenios de respeto a las teorías de los antiguos, Claudio Ptolomeo, Platón, Aristóteles y demás santones del saber ancestral). Estas creencias arraigadas son tan difíciles de contrarrestar, que hay que sacarse el alma por la boca, escupirla sobre la mesa, limpiarla con estropajos, embadurnarla de otras ideas y volver a tragarla; y aún así, cuesta sangre admitir esas novedades. Pues bien, cuando Kepler –que contaba con las anotaciones minuciosas de su jefe y maestro, Tycho Brahe– se enfrenta al hecho de que las órbitas de los planetas NO SON CIRCULARES, tiene que hacer un esfuerzo heroico de admisión de semejante sacrilegio científico: ¡elipses en lugar de círculos!... ¿donde se ha visto tamaño desatino?... Si hay algo no regular es una elipse, si

hay algo desigual –frente a la regularidad e igualdad de la circunferencia– es una elipse, no hay nada menos circular que una elipse porque las elipses ¡tienen dos centros!. Está en juego, además, la comparación de lo igual con lo desigual, que divide el cosmos noético en dos secciones cuantitativamente dispares, ya que la igualdad es un momento único, mientras que la desigualdad son todos los momentos restantes. El movimiento circular de los planetas garantiza la regularidad –y la permanencia– porque no hay ninguna desviación geométrica que pueda crecer y acabar con el sistema; pero cualquier otro movimiento no circular está expuesto a procesos de creciente desigualdad que, negando toda regularidad, pueden destruir en un tiempo limitado –siempre breve dada la magnitud de los tiempos planetarios– el equilibrio de la estructura. De hecho, imagino que este gran hombre no consiguió descansar (si es que pudo, empeñado como estaba, a la par que en sus geniales estudios de astronomía, en defender ante los tribunales a su propia madre acusada de brujería), imagino que este gran hombre no consiguió descansar hasta que formuló las dos leyes segunda y tercera que devolvieron la regularidad (esta vez absoluta, garantizada) a cada planeta y al sistema planetario en su conjunto. Pienso, incluso, que, si no hubiera sido por ese desasosiego esencial, habría dejado la primera ley desnuda a su suerte, anacoluta, y no se habría preocupado de rescatar la regularidad con esas dos genialidades que añadió (y que, si no lo hubiera hecho él, a lo peor habríamos sido incapaces de hacer después de él). [1] *Los planetas se mueven en órbitas elípticas y el Sol es sólo uno de los dos centros de cada elipse*, pero atención: hay una constancia fundamental en cada movimiento planetario: [2] *las áreas barridas por los radio– vectores en tiempos iguales son iguales*, son pues proporcionales al tiempo usado por el planeta para recorrer el perímetro de esas áreas; y atención otra vez: [3] *el cuadrado del período de revolución de cada planeta es proporcional al cubo de su distancia media al Sol*. Las palabras que usó para justificar estas leyes –ante sí mismo– indican claramente que su alma estaba adscrita a la circularidad; dijo, cuando se vio obligado a desechar los círculos y aún los óvalos (usó otra de las figuras, la circunferencia, estudiadas por Apolonio de Pérgamo en su tratado sobre las Cónicas): “*sólo me queda un carro de estiércol*”; y más adelante: “*¿por qué elipses, habiendo círculos*”. La regularidad, pero sobre todo la simplicidad del círculo frente a la complejidad de las elipses... no acabó de entender la preferencia de lo más complejo en vez de lo más simple, pero estaba en lo cierto con su certera intuición de la absoluta simplicidad, porque la teoría de la Relatividad General enseña que en el continuo espacio-tiempo (que es el escenario real de los movimientos celestes) todos los cuerpos se mueven con el movimiento más simple que existe, más incluso que la circunferencia: la línea recta. Supo despojarse de las viejas ideas, alumbrar y aceptar las nuevas, abriendo un horizonte moderno a la ciencia y al mundo... pero no era un ser humano corriente, era un genio excepcional, tanto en

su aspecto intelectual como en su aspecto humano. No podemos esperar que nosotros, le gente normal, tengamos un comportamiento parecido ante la destrucción del sistema inveterado de valores, ni que sepamos construir a punto otro sistema nuevo, mejor, más comprensivo, ni que sepamos convertirnos a él con tan heroica elegancia. Muy otro caso es el del astrónomo Claudio Ptolomeo, que cité antes –aunque es del siglo II y no del XVII, como Kepler, así que los supuestos creenciales de su época son completamente diferentes–. Este sabio, aunque no duda en introducir excentricidades en sus circularidades, lo hace precisamente para salvaguardar la circularidad. Empírico total y ajeno a los fundamentos metafísico/místicos de los filósofos antiguos, observa y mide, y trata de explicar lo que observa y lo que mide. Pero cuando las observaciones arrojan evidencias sospechosas, como el baile lunar de vaivén que no tiene explicación razonable mediante los sistemas platónico o aristotélico, lo que hace es introducir toda una serie de artilugios geométricos, los ecuantos, los epiciclos y otros, con tal de conseguir una explicación de las observaciones, pero ¡en términos de estricta circularidad!... Hasta ese punto puede una idea, cuando está en la sazón de su propio tiempo, obligar a las mentes más poderosas a meterse en berenjenales violentando la lógica para darle a la observación una apariencia lógica].

- iii. En parte porque juzgarse a sí propio es siempre peor que ser juzgado por terceros, ya que cada cual sabe –mejor que esos terceros– el grado real de su implicación en los hechos de los que se acusa a sí mismo.
3. En una serie de ensayos sobre los cambios que se están produciendo en algunas de las instituciones o construcciones sociales más relevantes (la Guerra, la Religión, la Ciencia, la Moral), estudio el inicio de esas revoluciones –que lo son de valores fundamentales– y analizo sus pormenores. Para una lectura completa me remito a su publicación en Twitter:
- a. **Cambio social.- Prólogo.-** *“Nada indica que la Humanidad vaya a mejorar, todos los indicios van en el sentido opuesto: que la Religión esté dejando paso poco a poco a una desvaída fe científica, a la confianza en una técnica sin alma y a la superstición más pueril; que la Ciencia esté desapareciendo, fugándose a muchos mínimos reinos de taifas; que la Moral se difumine sin ser siquiera sustituida por alguna otra cosa que sirva de alivio tras su pérdida; que hasta la Guerra parezca ser cosa de siglos pasados, aparentemente suprimida en su globalidad por el temor al desastre absoluto, pero reemplazada por un proceso de dominio total y por multitud de guerras locales feroces... Todo ello defiende la sospecha de que estamos cayendo hacia un infierno de instintos salvajes, no ascendiendo hacia un Paraíso de perfección”.*
 - b. **Cambio social.- La Guerra.-** *“Las guerras políticas a veces se van convirtiendo en guerras económicas: la guerra económica es no sólo menos*

cruenta y menos destructiva de los bienes pasivos que el vencedor quiere ganar como botín colateral, sino también menos visible y con menos contestación y protesta social. Se mantienen guerritas locales y menores, sin embargo, porque una de las actividades económicas más productivas es el tráfico de armas”.

- c. **Cambio social.- La Religión.-** *“Ahora bien, no podemos quedarnos a la intemperie, no en este asunto que concierne a las últimas preguntas, a la salvación del alma, a la vida eterna, a la Providencia Divina. Aunque hemos visto que hay suplantadores muy vistosos, muy acaparadores de la atención, el ancla que mantiene la esperanza y la caridad es la fe, sin fe no hay esperanza y sin esperanza no hay Humanidad. Los suplantadores de La Religión ya están aquí (la superstición, la creencia científica, la creencia tecnológica, la materialización de los deseos instantáneos, el mugido colectivo del rebaño, la cancelación de la identidad personal, la inmediatez de las aspiraciones individuales y colectivas...) y ya la están suplantando, no me lo invento yo, es un hecho constatable. Sostengo, pues, que La Religión, como la Guerra, es otro edificio que está siendo derribado en este proceso de aniquilación del solar social para dejar paso a... a lo que sea que vaya a venir o no vaya”.*

 - d. **Cambio social.- La Ciencia.-** *“A la vista del éxito del maridaje aparente en ciencia y matemática, se suele dar por supuesta la identidad de estructura entre las leyes de la física, las fórmulas de la química, las teorías cosmológicas... y el lenguaje matemático. Pero esa identidad de ninguna manera está probada por tal asociación, que no deja de ser muy discutible y acaso simplemente coyuntural. Suponer que no es coyuntural, sino permanente, y de ahí deducir que la estructura es idéntica, es poner el carro delante del caballo. Lo que sucede normalmente es que la traducción mutila a cada uno de ellos de todas las dimensiones que el otro no puede expresar, de tal modo que nos quedamos sólo con los contenidos del universo A que pueden ser expresados con locuciones del lenguaje B y despreciamos las locuciones del lenguaje B que no son aptas para traducir contenidos del lenguaje A. E ignoramos contenidos del lenguaje A porque no se pueden expresar con fórmulas de B”.*

 - e. **Cambio social.- La Moral.-** *“El derribo de la moral, que se está haciendo desde dentro con una especie de voladura controlada, es una característica indudable del momento social que vivimos; por todos los meridianos del planeta disminuye el comportamiento moral, se difumina, se desintegra ante nuestros ojos. Que la moral esté siendo aniquilada y lo esté siendo ante el desinterés más absoluto es tan grave, que no sé qué esperar ni cómo interpretarlo”.*
4. Como elementos de sustitución de un sistema de valores por otro, y además del cambio en los temas sustantivos que acabo de citar: la Guerra [sustitución de la serie de guerras mundiales por una guerra mundial económica y por múltiples guerras

menores=locales que den salida a la venta de armas y a las tensiones internacionales]; la Religión [sustitución de las religiones consagradas por formas de superstición religiosa, por la religión de la ciencia y por un empirismo materialista cuya razón de existir es la inmediatez de la satisfacción superficial]; la Ciencia [sustitución del saber científico por la algarabía de técnicas de relumbrón social, internet, la IA, y atomización de ese saber en infinidad de parcelas minúsculas de saberes mínimos]; y la Moral [sustitución de un sistema de reglas morales de aceptación universal basadas en altruismo, solidaridad, generosidad, honradez... por comportamientos homicidas basados en el egoísmo más basto, en el individualismo más grosero, en la indiferencia más inhumana y en la idolatría del placer inmediato], además de todo ello, podemos listar otros elementos esenciales de valores antes vigentes que están siendo o han sido destruídos=sustituídos o por nuevos ¿valores? o por la ausencia de todo valor.

- a. **PRINCIPIO DE AUTORIDAD.**- La autoridad ha sido durante milenios –seguramente desde antes incluso del advenimiento de la inteligencia y del ascenso del mono arborícola a su status humano– uno de los valores de mayor relevancia social, ya que fundaba la jerarquía social, la educación de las generaciones jóvenes, la transmisión de los saberes adquiridos y de la propia cultura, así como el entramado sustentador del completo tapiz de las relaciones sociales, al mismo tiempo que establecía las reglas necesarias para el cambio generacional y la permanencia del sistema social a través de los tiempos y de los acontecimientos; permitía identificar a cada sociedad por su propio esquema de estructura y confería a cada grupo el marchamo de su carácter social. Más que de un solo valor, se trata de un sistema completo de valores, todos ellos sustentados en la creencia de que la autoridad –sea que provenga de los dioses, que provenga de la experiencia, que provenga del consenso social o que provenga de los méritos adquiridos y probados– tiene que ser respetada y obedecida porque la alternativa es la destrucción del grupo social y la desaparición correspondiente de cada individuo perteneciente al mismo. Nuestra sociedad global actual, desde luego la Occidental, pero por extensión la de todos los continentes, ha socavado de tal modo este principio que el respeto y obediencia a la autoridad se han convertido en marchamos de estupidez y en sospecha de incorrección política. Una sedicente libertad individual es ahora la estrella de los comportamientos sociales admirados y sustituto del respeto al principio de autoridad. Hay varias dimensiones de la caída en desgracia de este importante valor:
- i. **“¿Quién se ha creído que es?”**.- Esta frase es la endeble sustitución del principio de autoridad en la mayor parte de los momentos sociales en que alguien con autoridad pretende hacerla valer ante alguien sin ella. Es lo que el ciudadano que se salta las normas le suelta al guardián que le exige que las respete, ya que las tales normas son el salvoconducto que nos permite inter-actuar con todos los otros miembros del grupo sin dañar a nadie ni suprimir los derechos y libertades de los demás. Es lo que el adolescente ignorante le suelta a su profesor=mentor cuando éste reprende su ignorancia o quiere motivarle para un comportamiento mejor, ya que es la función sagrada

de esos ángeles tutelares de la esencia social que son los maestros y los profesores. Es lo que el trabajador asalariado le suelta a su jefe que es quien le paga su salario y quien decide qué clase de trabajo es el que se necesita para el rendimiento de la empresa y para poder acumular ganancias que se usen, entre otras cosas, para abonar el salario del trabajador, ya que ese trabajo general del conjunto empresarial es el que produce la riqueza que luego se reparte y que la sociedad necesita. Es lo que el súbdito le suelta a cualquiera que –legítimamente– le requiera el cumplimiento de sus obligaciones desde la posición de autoridad que dirija los asuntos globales. En fin, es actualmente un latiguillo general con el que cada mindundi, que ni es nadie ni sabe nada, se rebela contra la autoridad bien establecida para justificar su desobediencia y su rebeldía. No podemos negar el hecho indiscutible de que hay mucha “autoridad” bastarda que ocupa un puesto de prestigio, de competencia, de saber hacer, sin que haya ni prestigio ni competencia ni saber hacer. La España actual (2023) en la que ejercen labores de gobierno gentes que no tienen otra legitimidad que cambalaches políticos indecentes, que no tiene cultura, que no tienen conocimientos, que no tienen prestigio, que fundamentan su poder en mentiras constantes, en alianzas delictivas y en la ayuda de los delincuentes que han probado desear la destrucción del estado, es un ejemplo ejemplar de que la autoridad muchas veces no tiene legitimidad ninguna y se hace acreedora al “**¿Quién se ha creído que es?**”.

- ii. Obviando todos aquellos casos en que sistemas electorales podridos, o el nepotismo institucional, o el carácter hereditario de empresas familiares en que los nietos del fundador de ninguna manera están a la altura del fundador... obviando todos los casos –seguramente muchísimos– en que ejercen puestos de autoridad advenedizos que avergüenzan su origen, lo cierto es que la autoridad es la base en la que se sustentan tres cosas de inmensa trascendencia social: a) el depósito de saberes adquiridos a costa de incontables esfuerzos generacionales y el trabajo de los genios creadores de cuya originalidad y riqueza mental pervive la sociedad, el cual depósito se derrama por los cauces que la dicha autoridad cuida y protege; b) el cuidado y desarrollo de las cualidades espirituales y materiales de las nuevas generaciones que tienen que heredar ese depósito, usarlo, cuidarlo y acrecentarlo; c) que el principio de autoridad es el garante de la estructura social que se dispone arquitecturalmente como una pirámide bien integrada que permite la distribución de cargos, cargas, trabajos y responsabilidades sin las cuales un grupo social es una manada salvaje que sólo atiende a sus instintos primarios inmediatos.
 - (1) Como depósito de saberes adquiridos a costa de incontables esfuerzos generacionales y el trabajo de los genios creadores de cuya originalidad y riqueza mental pervive la sociedad, la

autoridad es la reserva del pasado que permite sembrar el futuro, ahorra la repetición idiotizada de nuevos ensayos para descubrir lo ya descubierto, autoriza la tarea acrecentadora sobre las bases anteriores y consigue que la suma de saberes sociales y logros colectivos aumente generación tras generación. Sin el depósito de lo ganado anteriormente, la sociedad no sería distinta del mundo animal, donde el viejo instinto –que nace aprendido pero que no aprende– es la única herramienta de supervivencia. Solamente con el instinto los tiburones han sobrevivido unos quinientos millones de años, seguramente más de lo que conseguiremos sobrevivir los humanos, tan dados a guerras y bestialidades, pero no es diferente un tiburón actual de un su antepasado ancestral y, desde luego, no podría escribir un ensayo en el que los seres humanos sirviesen de ejemplo como éste escrito por un ser humano en que el sirven de ejemplo los tiburones. El viejo instinto no crece, mientras que la inteligencia lo hace de modo exponencial y le confía a la autoridad la salvaguarda y el reparto de todo lo anteriormente adquirido.

- (2) Como cuidado y desarrollo de las cualidades espirituales y materiales de las nuevas generaciones que tienen que heredar ese depósito, usarlo, cuidarlo y acrecentarlo, la autoridad es insustituible. Si los discípulos no respetan, valoran y aprenden a/de sus maestros, todo futuro queda cancelado. Que la educación basada en la autoridad del *magister*, del anciano experto, del que ya ha recorrido antes el camino, es esencial, nadie parece tener dudas teóricas. Ahora bien, en la práctica de las disposiciones positivas para fomentarla, regularla y administrarla, los poderes públicos son tan ineficientes, tan ignorantes, que en realidad pocas son las veces en que una sociedad atiende debidamente este aspecto pedagógico del principio de autoridad. Ahora mismo en casi todo el mundo está de moda que adolescentes ignorantes y descerebrados, carentes de toda cultura y de toda perspectiva, humillen y desprecien a sus maestros, profesores, mentores. Pocos síntomas más claros que éste de que la sociedad [no en tanto que cambiando un sistema de valores periclitado por otro más nuevo y poderoso, sino en cuanto abandonándose a la degeneración más insensata] ha contraído un morbo peligroso, una enfermedad de tratamiento difícil, largo, costoso, y de curación problemática y acaso imposible. Negar o humillar esta dimensión del principio de autoridad es a la vez ese síntoma tan preocupante y el inicio de un emborronamiento del pasado, de sus logros y de sus conquistas, y también una cancelación del futuro, de su posibilidad.

(3) Como garante de la estructura social que se dispone arquitecturalmente como una pirámide bien integrada que permite la distribución de cargos, cargas, trabajos y responsabilidades sin las cuales un grupo social es una manada salvaje que sólo atiende a sus instintos primarios inmediatos, el principio de autoridad es la base del orden social. En una visión ingenua de lo social podría pensarse en una libertad absoluta entendida como ausencia de toda autoridad y de toda arquitectura estructurada, donde nadie mandase sobre nadie y nadie tuviera que someterse u obedecer. Pero tal fantasía es irreal, esa sociedad ni siquiera sería una manada (que siempre sigue a un líder, el más viejo, astuto y creativo del grupo); ni un hormiguero o una colmena (sociedades las más estructuradas y jerarquizadas que se puedan pensar, que actúan como un sólo individuo, la reina cabecilla del conjunto y de quien emanan las órdenes químicas que recorren de arriba a abajo la totalidad de la estructura); ni siquiera sería una cofradía o una banda, ya que estos formatos mini-sociales sólo tienen sentido, funcionan y perviven si todos los miembros obedecen al jefe, al líder. Por supuesto que tiene que haber principio de autoridad desde el que emane la estructura que vertebra la arquitectura toda del conjunto social. Si falta, y cada individuo renuncia al principio de jerarquía, lo que hace es renunciar del primado de la inteligencia –que siempre necesita razones, propósitos, mandatos con sentido– para entregarse a la “libertad” del instinto, que es cualquier cosa menos libertad, porque el instinto es ciego y mecánico, no tiene margen de autonomía, y no cede ante el grupo porque no cede ante ninguno otro individuo instintivo, de forma que produce una lucha de todos contra todos donde la ferocidad es la norma. Cuando falta el principio de autoridad, los débiles son inmediatamente abusados por los fuertes, y destruidos al final de su uso vicario. Pero la escala de los fuertes acaba en un fuerte solitario, el más fuerte=feroz que, campando sobre el desierto de los cadáveres de sus congéneres, queda expuesto a todos los peligros exteriores, en soledad.

iii. Asistimos ahora –España, por desgracia, está siendo un ejemplo paradigmático, entregada como está a una serie de aventureros preocupados exclusivamente por mantenerse en el poder y capaces de vender no sólo el pasado, que también, sino el futuro de toda la nación y de sus ciudadanos al peor postor–, como parte del cambio de sistemas de valores, al proceso de demolición del **principio de autoridad**. Porque esa sustitución no se hace de golpe, ni se trata de un sencillo y único escalón social de cambio. Es un proceso que, antes de poner el rey nuevo, destrona al antiguo y lo ejecuta, asunto que a veces se dilata en el tiempo y cuyo emborronamiento de las líneas maestras

de la arquitectura social nos autoriza a usar la expresión “crisis de valores”, pues se trata de una crisis social, casi siempre confusa, casi siempre tremenda.

- (1) Antes de asentar lo nuevo, hay que derruir lo viejo, golpearlo con la bola de hierro de la máquina de derribos, limpiar por completo el solar de todo vestigio previo para que quede solamente una tabla rasa donde antes se elevaba un edificio milenario. Si permaneciera algún elemento anterior, seguramente se atravesaría en el desempeño del orden nuevo, que tendría que asimilar esa cuña y siempre sería un testigo de un modo anterior de hacer las cosas. [Por ejemplo: si en el orden anterior la autoridad del maestro era sagrada, nunca discutida, y una astilla de ese orden se clava en el nuevo orden libertario y delictivo ¿cómo se desarrollaría una escena en la que un docente de edad, experto, grave, lleno de legitimidad y de razón, pretendiera desarmar a un adolescente pandillero que llevase al Centro Docente un arma de fuego, exhibiéndola chulesco en su cinturón? ¿Le mataría el adolescente por la osadía de ser amonestado?... ¿Podría desarmar la autoridad del maestro el arma del delincuente?... Lo que sucediera ¿sería un ejemplo posterior para tener en cuenta en ese mismo escenario?... Por ejemplo: si en el orden anterior la autoridad del juez es sagrada, siempre obedecida, y una astilla de ese orden se clava en nuevo orden libertario y delictivo ¿cómo amonesta el juez –con sentido, con provecho– a un delincuente habitual que se complace en burlarse de la justicia y que, haga lo que haga, unas leyes podridas le van a soltar en menos tiempo del que tarda el propio juez en despojarse de su toga y salir del juzgado?]. Suelen ser los propios guardianes del orden previo los primeros que desarman ese orden anterior, porque están en la situación de poder más adecuada para esa tarea de demolición. Es ante su ejemplo como los proto-delincuentes se animan a conculcar las normas establecidas. Y éstos ni siquiera tienen más motivación que el rendimiento inmediato del delito, aunque los primeros lleven a cabo su destrozo confiando en conseguir –en la debacle absoluta de la tierra de nadie– un rédito mayor que el que su cargo actual les procura. A partir de ahí se desenvuelve una catarata de desobediencias, insolencias, delincuencias, cinismos, una rebatiña donde todo el que carece de cualquier vestigio de ética social se lanza a conseguir por la fuerza, por la mentira, por la traición, todos los pedazos que pueda del exangüe cadáver del anterior sistema de valores. Es un sálvese el que pueda en el que los de botas con clavos más afilados pisan y machacan las espaldas humildes de los que todavía obedecen –por ética, por honradez– las directrices del sistema previo que aún no ha sido sustituido por ninguno otro

mejor. Esta triste época es la que produce en la gente normal no delincuente, no cínica, la sensación de flotar a la deriva en un océano donde cada gota de agua es una ola furiosa y cada sople de brisa un huracán desatado; en estos tiempos aumentan los suicidios aparentemente absurdos, los desastres familiares, los socavones individuales que son el resultado de grietas sociales sangrantes. La propia sociedad se rompe, sus perfiles se pierden, porque una sociedad –si es que no consiste en sus valores, que seguramente– al menos se fundamenta en ellos, tiene en ellos su cimiento, su futuro y su razón de ser. Cuando se implante, si se hace, el nuevo sistema de valores, incluso si es tan bueno, justo y sabio como el anterior, no encontrará la misma sociedad que había, porque la crisis la ha cambiado y ya no es ésta, es otra, un desecho de derribo, más un escombros que una sociedad. En cuanto a que el nuevo sistema de valores sea igual de bueno, o mejor que el anterior, digamos que los sistemas de valores no se pueden comparar ni se pueden exportar, porque cada tapiz está tejido con la historia indisoluble de la sociedad a la que pertenece, sus avatares, sus riquezas, sus miserias, sus éxitos y sus derrotas. Por eso la inmigración es siempre desarraigo cuando el inmigrante es solitario, e invasiva y destructora cuando se trata de grandes contingentes que se derraman sobre una sociedad desprevenida y desarmada.

- (2) Completado el derribo, y si hay grupo social superviviente de esa catástrofe moral, viene el paso siguiente, cimentar las nuevas normas, enseñarlas, hacerlas germinar. Todo ello es tan difícil, tan lento, que sólo el hecho de que la sociedad también es nueva porque de la anterior no queda nada más que algún esqueleto institucional obsoleto, puede ayudar a que se consiga este intento.

iv. **Nuevos valores sustitutos del principio de autoridad.**- Son varios los aspirantes a sustituir a tan importante y veterano principio, pero hay tres que sobresalen del conjunto: los consejos publicitarios, la influencia de las “*influencer*” y la insistencia casi infinita de los mensajes de todo tipo desde las innumerables pantallas.

- (1) **Consejos publicitarios.**- Desde que existen las pantallas, la publicidad se ha convertido en un acompañante asiduo, agotadoramente presente (si hay un programa de interés, cada 10' de programa interrumpen para dar 20' de publicidad (lo que hace que el espectador se esté volviendo absolutamente inmune a su influencia). Naturalmente la publicidad es un instrumento de control, al servicio del comerciante/fabricante y en contra de los intereses del consumidor, digan lo que digan y lo presenten

como lo presenten. Es, por tanto, justo lo opuesto al consejo desinteresado del mentor, maestro y, en general, nocivo para el conjunto de la audiencia, ya que persigue sólo el beneficio pecuniario del comerciante (nunca otro tipo de beneficio compatible o expandible, sino sólo el dinerario, que no beneficia nada más que al destinatario final). Los consejos publicitarios se han llegado a hacer tan universales y omnipresentes que hay todo un montón de técnicas y ciencias a su alrededor, de forma que ya no hay posibilidad de que el usuario escape a su influencia. La publicidad llena el mundo, y poco a poco va convirtiendo el paisaje en una filial de sus métodos, al usuario en un animal de sacrificio sin posible redención y la cultura en general un aparato subsidiario de su arquitectura cuasi total. La comparación –lo veremos más adelante– entre valores de diferentes sistemas de valores carece de sentido, pero si intentamos hacer una prueba entre el principio de autoridad y los consejos publicitarios, el resultado –todo lo ilógico y fuera de contexto que se quiera– es lamentable porque no hay nada que se pueda decir a favor de este mundo de la publicidad que ha llegado a ser casi la esencia del sistema de vida occidental.

- (2) **Influencers.**- Más “las influencer” que “los influencer”, porque, al parecer, hay muchas más de lo uno que de lo otro. Han ido apareciendo con la explosión del pantallerismo, con el aumento y anegamiento de las pantallas –especialmente los celulares– sobre la superficie social. La sustancia de su argumento no existe, son la nada de la nada, así que su influencia es enorme, porque cuando el mensaje es menor –o directamente no existe– su difusión es mayor, hasta el punto de que alguna de esas influyentes tienen millones de seguidores a los que, al parecer, convencen sus consejos explícitos o implícitos. Suele su actividad solaparse con el sistema publicitario, ya que usan esa influencia para recomendar productos y artículos de consumo, aunque a veces lo que enseñan es solamente su vacío sistema de vida, sus modos huecos de ser y estar. Han aparecido como las setas, están en todas partes, en todos los idiomas y en todas las pantallas, la característica general es que su mensaje es algo vacío, como he dicho, por ello mismo se multiplica con facilidad y alcanza una difusión mundial. Que su mensaje sea el vacío no es algo –por ello mismo– sin importancia, ya que suplanta el territorio de la difusión social, lo ocupa, hace inviables otros mensajes de mayor entidad, contenido e importancia, y borra de las mentes desprevenidas, sobre todo infantiles y adolescentes, cualquier otro argumento de interés vital. **Es como una plaga que entregase, ya salivado y digerido, un alimento vacío, sin propiedades alimentarias, carente de toda**

entidad, pero que llenara de tal modo los estómagos, que cualquier usuario del mismo rechazase por completo el alimento verdadero, muriendo de inanición o, en este caso, idiotizándose hasta la inopia, vaciándose de sentido individual y vital, convertido en un cordero más del rebaño consumidor sin posibilidad de redención ninguna.

- (3) **La insistencia casi infinita de los mensajes de todo tipo desde las innumerables pantallas.**- Estamos asediados por un ejército innumerable de pantallas de cristal, desde las cuales se nos bombardea con toda clase de mensajes que pretenden hacernos de los suyos y que no cejan ni de día ni de noche, lo abarcan todo, desde el comer hasta el dormir, desde el pensar al desear, desde el yo y el nosotros hasta el tú y los demás, desde los vecinos de la frontera inmediata hasta los remotos de continentes lejanos. Todo entra en ese *revolutum*, nada se escapa, nos dicen cómo tenemos que comer y beber, dormir o practicar el sexo, rezar o blasfemar, ir y venir, subir y bajar, nos dicen cómo y a quién tenemos que amar y cómo y a quién tenemos que odiar. Por mucho que nos resistamos y hagamos oídos sordos, acaban por meternos alguno de los consejos hasta el centro del alma, depositando allí las semillas de su predicación, o, peor, nos arrancan el alma desde dentro y depositan en su lugar una especie de espectro fantasmal vacío de espíritu y de forma, un troquel hueco que es igual que el que troquea también a los millones de espectros que viven a nuestro lado, hasta que al final repetimos como sombras esos mensajes vacíos y los hacemos resonar bajo las mudas y estupefactas estrellas. La verdad es que ya no somos seres humanos más que en la maldad y el odio que todavía nos distingue como especie, aunque no tardaremos incluso en odiar de forma tan vacua, que ese sentimiento podrido será una especie de mueca vacía que miles de millones de “bípedos implumes” lancen a la oscuridad de la noche, ante el desprecio mudo del universo restante.

- v. **¿Comparación cualitativa entre valores de distintos sistemas de valores?**- Ya he dicho antes que tal cosa no tiene sentido. [¿Cómo comparar el consejo de un maestro=mentor a su discípulo, por ejemplo “*estudia al menos dos horas diarias y más si puedes, tienes que entrenar tu memoria para que recuerde lo esencial de la profesión que más tarde elijas, y entrenar tu inteligencia con las aportaciones de los sabios geniales que han pensado en todos los temas y han escrito sus reflexiones para que tú tengas la oportunidad de recibir su legado*”, con el consejo de un instructor militar norcoreano a un integrante de alguno de los desfiles innumerables con los que ese régimen hueco se hace visible ante sí mismo, por ejemplo “*nunca pierdas de vista el*

hombro izquierdo del soldado que esté el primero a la derecha en tu fila, y procura que tu hombro derecho ni salga por delante ni salga por detrás de esa señal para que la fila sea completamente recta”.
¿Existe algún modo de pesar y medir esos dos consejos para equiparlos de alguna manera?... Pero no nos engañemos, los dos son vitales para el subordinado que los recibe, ya que si el primero descuida su formación, es posible que en su vida profesional, por ejemplo de médico, recuerde mal las dosis de un medicamento, o los síntomas de una morbilidad, y haga daño a sus pacientes con las consecuencias que todo ello puede acarrear; y ya que el soldado, si no desfila bien, será apartado del desfile, del ejército y de la paga de funcionario con que el Estado=Dios le remunera y con la que mantiene a toda su familia].

- (1) Un valor entresacado del conjunto total de su sistema de valores carece de sentido, es como una hebra sacada de su tapiz, en el cual es acaso el brillo del ojo del protagonista de la escena que el tapiz representa, y fuera del tapiz es un hilo cuyo color ni siquiera es evidente por lo fina que la hebra es y lo poco que indica. Incluso si conservara el mismo sentido que tiene cuando forma parte del tapiz, en otro tapiz diferente ya no representa ese mismo argumento y, aunque siguiera, carece de sentido en medio de un argumento distinto que no tiene ninguna relación con él. Negarle valor en el sistema suyo propio porque carezca de valor –o parezca ridículo– en el nuevo sistema, es una necedad comparable a la del sargento que despreciara al arquero ancestral porque no puede encuadrarle en su unidad actual, siendo así que ese tal arquero era capaz en su medio de acertar con su flecha, no ya en los corazones de los enemigos –que desde luego– sino incluso en blancos tan pequeños que el sargento tendría que acercarse para verlos. Una rodaja de manzana es un despropósito en la copa de vermouth del cóctail, pero es lo adecuado como adorno sobre una tarta de mermelada de manzana.
- (2) Y la comparación, total a total, entre dos sistemas de valores entendido cada uno como un todo, tampoco tiene sentido y, además, no se produce aunque parezca que sí. Cuando uno de los valores del sistema sustitutorio se adelanta al resto de su grupo para desplazar a otro del sistema sustituido –porque se trate de un valor más sencillo (más penetrante), más superficial (más penetrante), más liviano (más penetrante)–, podría parecer que ya se establece un cierto cotejo entre ambos sistemas, si no en la teoría, al menos en la cruda práctica de la crisis, pero lo cierto es que es la propia sociedad la que está cambiando, la que ya no se reconoce en el antiguo sistema y busca una nueva identidad axiológica, de forma que prueba todas las novedades

por si alguna le conviniese, y ese valor de vanguardia lo que hace es ofrecer el muestrario de su sistema completo; si la sociedad se adapta a esta novedad porque en ella se reconoce mejor que en la anterior –propia del modelo de sociedad anterior al cambio–, entonces el nuevo sistema tiene la puerta abierta para sustituir al viejo valor a valor, ahora ya todos admitidos a priori por modo global. Nunca se produce, pues, la comparación entre los dos sistemas de valores, aunque todas las transformaciones: 1) el cambio social de un modelo por otro; 2) la invasión del valor de vanguardia; 3) la exposición del muestrario completo del sistema nuevo cuando aún continúa, si no vigente, sí presente, el sistema antiguo; 4) la sustitución ya completa de todos los valores del sistema previo por lo valores del sistema nuevo; aunque todas estas transformaciones “supongan” una comparación práctica, no hay comparación teórica, no hay reflexión, no hay estudio previo, **es como el durmiente que cambia su postura y se acomoda a otra diferente para estar más a gusto, pero sin que haya consciencia de una comparativa entre ambas posturas, una equiparación, rasgo a rasgo, de cada detalle de cada una, sólo un resultado práctico que podría discutirse largamente a nivel teórico.** Que es, por cierto, lo que sucede en las crisis de valores, que los defensores de lo previo (los acostumbrados a ello, los que se sienten cómodos con lo previo) comparan constantemente lo anterior con lo nuevo enjuiciando esto nuevo en términos de los valores anteriores, cosa que, como he dicho, no sólo carece de sentido, sino que también termina indefectiblemente con una condena de los valores nuevos “*porque no son los valores antiguos*”, asunto fuera de todo sentido, lógica y legitimidad intelectual. Como los valores antiguos son muy conocidos, llevan “toda la vida, es como siempre se han hecho las cosas”, como han acomodado a varias generaciones que acumulan experiencias quizá centenarias; como producen, por todo ello, una confianza y una tranquilidad en su uso y resultados; y como lo nuevo no es conocido, no lleva toda la vida, es distinto a como se han hecho siempre las cosas, no ha acomodado a ninguna generación anterior y no cuenta con el aval de la experiencia, no produce tranquilidad sino recelo, no se conocen sus usos y sus resultados, los defensores de lo antiguo se sienten firmes y seguros, los defensores de lo nuevo carecen de argumentos... pero, a pesar de todo, el cambio, que es una parte esencial del espíritu de los tiempos, se acaba imponiendo, aunque las críticas –muchas muy razonables– sigan hasta que desaparezcan las generaciones que formaban parte del modelo antiguo de sociedad y que vivieron bajo la sombra de los viejos valores. Cuando pase todo ese tiempo, la sociedad sea otra con su propio nuevo sistema global de valores y la crisis se haya dado

por terminada, sólo la historia menor recordará lo antiguo. En todo este proceso carecería de sentido enjuiciar uno de los sistemas en función de los valores del otro, aunque a los viejos defensores del anterior les haya parecido de toda lógica y a los nuevos defensores del reciente les haya extrañado tal insistencia. **Cualquier ejemplo que no sea antiguo pecará de preferir un sistema sobre otro, no por razones legítimas, sino por preferencias generacionales, así que elijo un ejemplo muy viejo: la sustitución en Roma del viejo sistema republicano por el nuevo orden monárquico. ¿Mejor, peor?... ¿Por razones inteligibles, no por preferencias ideológicas personales?... Roma fue Roma en ambos casos, con la República capaz de hacerse la dueña de su mundo mediterráneo, destruyendo a Cartago y venciendo al genio de Aníbal. La Monárquica fue capaz de hacerse dueña del mundo entero conocido, de llenarlo de caminos, acueductos, ciudades y civilización, legando su derecho –padre del derecho posterior de los pueblos de Europa–, su idioma –padre de los idiomas posteriores de los europeos–... y toda su inmensa cultura material y espiritual que sigue latiendo en la nuestra.** Cada uno de los tramos de su historia se explica por su propio tapiz de valores, no se explica sin él ni se explicaría si quisiéramos interpretarlo desde el otro.

- (3) Es bien cierto que las crisis de valores enfrentan a unos grupos con otros y lo hacen en el terreno más importante, más esencial, de forma que se trata de luchas enconadas que sólo el tiempo –matando por la edad a los de uno de los bandos– mitiga o borra. Pero insisto: todo intento de comparación entre los dos sistemas, sea que se haga desde el viejo y se niegue el nuevo, o se haga desde el nuevo y se niegue el viejo, carece de sentido. Hacerlo en algún hipotético territorio neutral es impensable ¿qué territorio, cómo neutral?... Ni siquiera la historia posterior, siempre dependiendo de una sociedad distinta conformada por su distinto sistema de valores, puede decir la última palabra. Cada cual que prefiera la sociedad de su tiempo, los valores mamados en su infancia, y que repudie los intrusos que amenazan la sensatez... pero que lo haga a sabiendas de que todos tienen la razón cuando defienden sus costumbres. Lo único sensato es eso, defender con uñas y dientes las nuestras frente a las extrañas, aunque sean las que traen a su favor los nuevos vientos.

- vi. Como una muestra más del decaimiento del principio de autoridad, ahí están el desprecio de nuestra sociedad por lo viejo –en cuanto viejo– y el aprecio por lo joven en cuanto joven. Sin tener en cuenta ni la inexperiencia y temeridad de la juventud, sin valorar la experiencia, la sensatez y la cautela de la ancianidad. Lo joven vale, valga o no valga,

porque es joven, lo viejo no vale, valga o no valga, porque es viejo. Ya sabemos que, antes de implantar un valor nuevo, hay que destruir el antiguo, pero muchas veces ocurre por ataques carentes de justificación y de sentido, ya que arrasan con beneficios sustanciosos cuando todavía –quizá nunca– pueden sustituirlos por nada mejor, o simplemente por nada. La puerilidad que admira lo joven por el mero hecho de serlo acaba imponiendo modas y actuaciones que carecen de peso –de futuro– porque no están radicadas en ninguna vivencia real que fundamente su valor; al revés, anula o frustra vivencias contrastadas que son fundamentales.

- b. **PRINCIPIO DE EXIGENCIA DE COHERENCIA EN LA RESPONSABILIDAD.**- Hasta no hace mucho los nativos de las diferentes sociedades se creían con derecho a exigir a sus gobernantes –muy especialmente si habían sido elegidos por modo democrático mediante elecciones libres y completas– una coherencia lógica en los actos administrativos y gubernativos derivados de su responsabilidad. No se trataba de recordarles sus promesas –todos los súbditos han sabido siempre que las promesas de los políticos nunca están destinadas a ser cumplidas, sino sólo a rellenar los pomposos discursos electorales de los distintos hampones que pretenden ser elegidos, y descuentan las promesas sin esperar que sean cumplidas–, no se trata de eso, claro está. Ni siquiera se trataba de juzgar su comportamiento real en función del bien público, ya que los súbditos siempre han sabido que el único bien que los amos procuran es su propio interés particular y privado, jamás el del pueblo al que dicen servir. No: se trataba únicamente de pedir coherencia lógica entre los actos administrativos de hoy y de mañana, entre los discursos de hoy y de mañana, entre los propósitos confesados y los actos surgidos de ellos, una especie de petición de consistencia lógica –solamente lógica, no ética, claro está, no honrada ¡por descontado!, no sensata ¡por supuesto!, no limpia, no solidaria, sino solamente lógica– para poder entender al menos la apariencia superficial de sus actos de gobierno, ya que somos los súbditos y qué menos que entender lo que hacen aquéllos que nos gobiernan. Es posible que pueblos jóvenes hayan solicitado honradez a sus jefes, o pueblos inocentes hayan esperado ética, verdad y buena administración de sus amos pastoriles, pero sólo si se trataba de gentes muy bisoñas, poco conocedoras de la historia, recientes en su proceso social: lo que pedimos los más veteranos que ya hemos sufrido listas enormes de tiranos de todo pelaje, es que sus comportamientos conserven una especie de coherencia lógica que permita que los entendamos para saber a qué atenernos.
- i. Bien ¿que nuevo comportamiento ha venido a sustituir a ese principio de exigencia de coherencia en la responsabilidad?... Una especie de lasitud social de conformidad con un destino funesto, un dejar de pensar y dejar de sentir y dejar de exigir. Un pasotismo global completo que se conforma con “*vengan, vengan, pollos pelones, que ya les van a echar su maíz*”, como predicaba el título de una obra de teatro sobre la idiosincrasia de los pueblos borregos y su triste destino.

- ii. Ya no se exige nada a los amos, ni siquiera que sean amos y defiendan sus predios, los predios de los que son amos, de otros amos distintos y extranjeros. No se les exige coherencia entre lo que dicen y lo que hacen, ni siquiera entre lo que dicen hoy y lo que dicen mañana, ni siquiera entre lo que dicen hoy al principio del párrafo y lo que dicen hoy al final de mismo párrafo. No se les pide honestidad o ética, conceptos que sabemos que ignoran y, a pesar de ello, repudian y, a pesar de ello, odian. No se les solicita humildad ¡lo suyo es la chulería y la prepotencia, como amos que son de nuestros cuerpos y de nuestras almas!, no se les exige cumplimiento –a nosotros sí, sus policías y tribunales están para eso–, ni siquiera que defiendan la patria de la que son los amos cuando es amenazada por enemigos exteriores, ya sabemos que son todos ellos *Fernandos Séptimos* y que son más amigos del enemigo que amigos de sus súbditos. Sólo coherencia en su actividad administrativa para que sepamos a qué atenernos. Ya no. Ahora no les pedimos nada, nos limitamos a contemplar sus actos incomprensibles (incluso desde el punto de vista de su propio interés individual), asistimos silentes y pasivos a actos=gestos=muecas y vana palabrería como si fuésemos mascotas maltratadas que ya ni siquiera se quejan cuando en vez de comida y atención reciben patadas.
- iii. El nuevo “valor” es una conformidad absoluta con los desmanes del poder, al que se le otorga una legitimidad intrínseca, por ser el poder, no extrínseca, por sus actos y comportamientos. Si este amo es el amo, todo lo que haga es bueno, oportuno, legítimo, sea lo que sea, y hay que defenderlo a ultranza. Nacen de ahí toda una serie de situaciones realmente delirantes, como que los amos subordinados tengan patente de corso para robar, mentir, y sean disculpados y redimidos por sus amos gerifaltes, de los que dependen, en cuanto a que son sencillamente vicarios del poder supremo; como que lo que hagan los nuestros, sea lo que sea delictivo o perverso, está de antemano disculpado, ya que son amigos del poder; y lo que hagan los adversarios del poder, sea lo que sea provechoso o necesario, está de antemano proscrito y sentenciado; como que la verdad no sea ya la verdad, sino la mentira que en este momento al amo supremo le convenga; que el interés individual del amo supremo sea preferido siempre al interés común, que nunca se atiende ni defiende... Toda esta serie de comportamientos se han convertido en los paradigmas de la legitimidad social en cuanto a que son los sacramentos del poder político.
- iv. Las fotos y vídeos de la “corte medieval” en torno al mandatario de Corea del Norte son ya clásicas muestras de este nuevo valor, donde los dignatarios subalternos están tan adheridos a la adoración del líder que anotan cada palabra del mismo para reflexionar sobre ella en la soledad de sus domicilios, y aplauden cada una de sus muecas con la reverencia que se siente hacia la divinidad. Este modo de

comportamiento produce, aparentemente, risas sarcásticas en países occidentales que se llaman democráticos porque suponen un servilismo que los amos de Europa creen que no es posible entre nosotros. Pero detrás de las “máscaras electorales democráticas falsas” late en nuestras cortes políticas una adoración efectiva del líder porque de él mana el status, la riqueza, los cargos suculentos, y sólo a él debemos adoración y sacrificios. En la mayor parte de los países que se dicen “libres” ha aparecido una nueva religión, la religión del poder, en la que el amo es dios, sus sacerdotes son los que dictan los dogmas y las normas de cumplimiento obligado, los que examinan las conciencias y separan de los privilegios a los que no acatan sus reglas=caprichos. En cuanto descuidan un poco su vigilancia estética, aparecen los subalternos aplaudiendo al amo, de rodillas ante el amo. Y no espere nadie entonces no ya la honradez, la moral, la buena gobernación... que ya hemos descartado: ni siquiera espere nadie la coherencia mínima de actuación consecuente para que los súbditos sepan de qué va el asunto; al fin y al cabo que los súbditos entiendan o no entiendan las rutas del poder da lo mismo, no es por el comportamiento de los súbditos por los que el poder ha sido conseguido por el amo ni se mantiene en su mano por ese mismo procedimiento. Los amos han ido aprendiendo que las democracias son sistemas llenos de grietas electorales, compromisarias, y que a la postre resultan más beneficiosas para que los pastores de los rebaños ordeñen, esquilen y coman ovejas, que los mismos sistemas ancestrales de autocracias y dictaduras, las cuales sustentaban el poder en contra del pueblo, mientras que en las democracias el poder absoluto –que corrompe absolutamente– está sostenido sobre el consenso entusiasta del propio pueblo y, por ello, sin su protesta latente.

- v. Vuelve así al primer plano del análisis la comparación entre este nuevo comportamiento y el anterior. Aparentemente no hay duda: el anterior era bueno, este nuevo es obsceno. Ya sabemos que siempre que se juzga el nuevo en función del antiguo –juicio que no tiene sentido, lo repito– todas las alabanzas van para el antiguo y todos los vituperios para el nuevo, ya que el antiguo había acreditado una larga trayectoria y del nuevo sólo sabemos que no es el antiguo sino que se le opone. Ahora bien, entre un proceder que consiste en exigir coherencia en el desempeño de la responsabilidad administrativa, o caer de rodillas y en adoración de comportamientos perversos, mendaces, prepotentes y faltos y de capacidad administrativa/gubernativa, parece que no hay duda... No olvidemos que si achacamos todas las virtudes al uno y todos los defectos al otro, es porque del primero sabemos mucho y del segundo nada, del primero hemos recibido una historia pasada acaso exitosa, y del segundo ni siquiera sabemos qué podemos esperar, el primero ha sido el orden social en que hemos sido educados y el segundo ni siquiera ha manifestado todavía sus promesas ocultas. Comprendo que ante las características de los dos sistemas que he

descrito en este ítem parezca fácil el juicio, y desde luego necesario hacerlo, pero sigo insistiendo en el sin-sentido de juzgar un sistema en función de los parámetros de otro sistema distinto, sólo tiene sentido que cada cual defienda el suyo –sin entrar en juicios absurdos– y luche contra la imposición de novedades que, desde luego, a él no le van a favorecer en el corto plazo de lo que le quede de vida. Los que han comprendido este asunto han luchado por la pervivencia y vigencia de sus propios valores, pero no han pretendido juzgar los otros valores en términos de los suyos propios, ejercicio destinado al fracaso en cuanto a que nadie se deja convencer para traicionar aquello que es su fundamento en aras de adoptar otros supuestos que ni siquiera le son conocidos. Cuando las culturas han entrado en confrontación, la lucha ha consistido en que una de las dos ha anulado y destruido a la otra, nunca en el intento de que el ejército adversario se convenza de nuestra verdad, abandone sus creencias, deponga sus armas y se pase a nuestro bando con todo entusiasmo. En el sucederse de los momentos históricos, los nuevos valores suelen suplantar a los antiguos y, luego de varias generaciones, ya nadie recuerda los viejos modos ni el juicio que le merecieron a sus habitantes, se limitan a vivir sobre este fundamento nuevo que es el suyo. Como he dicho ya, si hay un juicio histórico muy posterior, se hará en función de un tercer sistema ajeno a los dos que se enjuician y tan poco legitimado para juzgar como si uno de los dos enjuicia al otro. Pero comprendo bien –estoy inserto en una sociedad a la que veo desde la ancianidad y cuyos valores, a punto de perecer, fueron los míos, en los que fui educado y que hacen que los nuevos me parezcan aberraciones éticas, monstruosidades administrativas y perversiones políticas– comprendo bien que se intenten esos juicios de valor y que no se entienda la sustitución de aquello tan excelente por esta basura... aunque la excelencia se decide desde la excelencia y la basura se decide... también desde la excelencia, lo que le quita todo sentido lógico a la fallida comparación. Es así.

- vi. Una de las características más asombrosas del proceder de los políticos gobernantes es el diferente comportamiento cuando se sienten seguros en el poder –lo tienen bien sujeto por dictadura, por sometimiento religioso o social de sus rebaños, por democracias falsas fingidas que encubren autocracias salvajes, etc.– y cuando no se sienten seguros porque saben que cualquier viento político/social puede devolverles de nuevo al fango del que han salido. Cuando están seguros y, en efecto, duran en el mando décadas de poder omnímodo, suelen comportarse con discreción, hasta con delicadeza, diríamos, como tratando de no abusar de su puesto indiscutible de fuerza social; suelen ser sensatos, buenos administradores, misericordiosos dentro de lo que cabe, poco dados a las alharacas del mando (hago excepción de esos asiáticos dementes que se hacen aplaudir por cada aliento que expelen de sus sucias bocas, siguen protocolos ancestrales pre-civilizados que en Occidente ni siquiera se entienden). Cuando no están seguros, su

comportamiento es errático, incluso demencial, son dados a megalomanías fuera de sentido, actúan como chulos playeros, se mofan de sus adversarios, aprueban leyes locas y absurdas que no sirven para nada en el mejor de los casos, se rodean de nulidades como ellos, aman los fastos del poder hasta límites ridículos, imitan los estrellatos del cine... en fin, se comportan como niños maniáticos y mal educados. Al pronto, y sin mucha reflexión supondríamos lo contrario, actuaciones locas por parte de los que se sienten seguros; prudentes y “*virgencita que me quede como estoy*” cuando se saben inestables. Pero no: es justamente al revés, la seguridad en el poder les hace ser mejores gobernantes, la inseguridad deja sueltas toda su vesania y toda su perversidad, se vuelven ejemplos de enfermedades mentales, delincuentes y malvados.

- c. **EL ESFUERZO INDIVIDUAL Y EL TRABAJO HONRADO COMO FUENTES DEL ÉXITO PROFESIONAL, DEL STATUS PERSONAL Y DE LA PROPIA SATISFACCIÓN.**- ¡Qué lejanos ya aquellos tiempos en que las cosas eran así!... En que el esfuerzo y el trabajo eran los senderos seguros para el éxito laboral y para el reconocimiento social, y eso era lo que practicaban los mejores y más exitosos, lo que enseñaban los maestros verdaderos y lo que la sociedad aplaudía. Cuando los mandos encargados de administrar eran buenos administradores, preparados concienzudamente en su vida anterior, los gobernantes tenían *curricula* llenos de logros académicos, los notables eran notables por sí mismos antes de hacerse notables por los cargos, y todos los responsables eran responsables, en el doble sentido de que lo eran y de que estaban siempre en disposición de responder, efectivamente, de todas sus decisiones administrativas y gubernativas. Es verdad que también entonces era cierto el chascarrillo que dice que para ser ministro o director general basta con que seas cuñado o barragana del amo, pero para ser conserje hay que hacer oposiciones; ahora bien, ningún jerarca se hubiese atrevido a nombrar para un alto cargo a un menestral indocumentado, a una querida descerebrada o a un secuaz sin neuronas. Y, de haberse atrevido, la sociedad entera se habría escandalizado de tal modo y se lo habría reprochado con tal vehemencia, que el jerarca y su alto cargo hubiesen tenido que dimitir, palabra que desapareció del idioma español cuando la izquierda se hizo con el poder, que usa de tal forma que tendrían que dimitir cien cargos cada día, así que han borrado del diccionario la palabra y de la conciencia social el concepto correspondiente.
- i. Para que la sociedad se haya ido acostumbrando a las inoperancia de sus administradores –ocupados sólo en las cábalas electorales y en los bulos que ellos mismos propalan como constantes cortinas de humo para tapar sus desmanes, sus latrocinios, sus componendas oscuras y sus mentiras; nunca ocupados en resolver los problemas verdaderos de la sociedad, los precios desorbitados de los productos básicos, los contenciosos sangrantes, la justicia paralizada y empobrecida, la defensa de las fronteras dejada, no ya a la buena de Dios, sino a la mala del diablo...–, para que la sociedad se haya ido acostumbrando a las

inoperancia de sus administradores han tenido que pasar varios gobiernos de inepticia y de prevaricación, e ir desgastando poco a poco, con pequeños desmanes administrativos, robos locales, injusticias diminutas (si es que tal cosa es posible), la confianza popular, y sembrando una especie de resignación que es, a la vez, el reconocimiento de que los amos son siempre lo que son –ladrones, mentirosos e ineptos– y de que tienen no obstante la sartén por el mango. Ese proceso lento y degradante es posible contemplarlo en un montón de países del mundo que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, han ido decayendo hasta ser en la actualidad, o estados fallidos, o estados a punto de fallar. No son uno ni dos, son muchos, lo mismo en la panoplia de naciones no democráticas, que en la de naciones democráticas, pues los delincuentes que se han ido haciendo con el poder en todos esos lugares tienen ya protocolos de actuación tanto en un caso como en otro, la democracia no les impide auparse al mando del timón ni les impide robar a manos llenas, o mentir con todo el rostro, o abandonar sus funciones mientras se dedican a salvaguardar sus personales intereses.

- ii. Al mismo tiempo se ha ido diluyendo la idea del esfuerzo personal y del trabajo honrado. Lo más honrado que desean los educandos de hoy es ser un deportista de éxito, un actor de éxito, o un influencer de éxito, para ganar cantidades obscenas de dinero sin trabajo y sin mérito. Y digo lo más honrado porque, al fin y al cabo, en esas profesiones, aunque pagadas de manera tan indecente y tan por encima de sus merecimientos, los que así trabajan, en efecto trabajan, rinden en sus profesiones, ganan pruebas deportivas, editan películas, tienen miles de seguidores... y, en términos legales, ya que no morales, “merecen” su suerte. Pero que a la vez deseen ser altos cargos a base de aplaudir servilmente al amo, arrimarse al árbol más copudo y medrar a su sombra... eso ya no es honrado ni ético.
- iii. De todos modos quiero advertir que, en cuanto a los supuestos de este ítem: “EL ESFUERZO INDIVIDUAL Y EL TRABAJO HONRADO COMO FUENTES DEL ÉXITO PROFESIONAL, DEL STATUS PERSONAL Y DE LA PROPIA SATISFACCIÓN”, la sociedad se divide en, al menos, dos sectores bien diferenciados. Por un lado están los ya citados, naturalmente: los nuevos amos que, sin esfuerzo, ni trabajo, ni talento, han usurpado el poder, el mando de las instituciones a las que ordeñan sin gobernar, esquilan sin subsanar problemas; son mediocres, carecen de conocimientos técnicos, en muchos casos han sido expulsados de colegios y universidades por vagos, por incapaces, pero que con truhanería y malas artes consiguen escalar y se aúpan a ellos y aúpan a sus conmlitones a cargos de cuyas responsabilidades no se ocupan y que sólo usan para enriquecerse y medrar. Pero por otro lado están gentes sencillas, el pueblo llano, en muchas de cuyas profesiones no se puede –aunque se quisiera, que no suele ser el caso–

engañar al público, al paciente, al cliente, al espectador: si los comerciantes emplean como método general engañar a sus clientes, antes o después los pierden; si el fontanero no te arregla bien el grifo que gotea, o el taxista no te lleva a donde quieres ir y te cobra abusivamente; si la modista destroza tu vestido, si el peluquero te deja un corte infame y ridículo, si el ferretero te vende tuercas que no concuerdan con los tornillos... entonces pierden su trabajo, nunca vuelven a ser usados sus servicios, arruinan sus establecimientos. Gracias a que los oficios sencillos de la gente sencilla están servidos por trabajadores honrados y a que el cliente suele tener razón, es por lo que la sociedad en su conjunto no se desmorona ante esta concreta crisis de valores, cuando desaparece el gobernante preparado y el administrador honrado para ser sustituidos por mangantes, indocumentados y mendaces. Es la gente, el pueblo llano, el que mantiene las esencias de un mundo antiguo que era, sí, antiguo, que necesitaba, sí, un cambio, pero que funcionaba en su momento y todavía mantiene la capacidad de supervivencia que necesita la gente ante la debacle de la nueva situación.

- iv. ¿Con qué “valor” sustituto suplantamos ahora ese esfuerzo personal, ese trabajo honrado? ¿Qué clase de sociedad es ésta otra, nueva y distinta, en la que el esfuerzo “de los tontos” recibe el desprecio de los listos, y el trabajo honrado se queda para profesiones honestas, zapatero remendón, taxista, fontanero, profesor..., y es repudiado como inútil y estúpido por todos los que desean subir en el ascensor social; qué sociedad es ésta que no se parece nada a la anterior y ni siquiera puede aspirar a considerarse su sucesora? ¿Es toda esta horda de ladrones, de chulos, de mentirosos, la respuesta que estamos dando como sustitución de valores antiguos que, en su momento y aunque haya llegado el tiempo del cambio, cumplieron dignamente su función? ¿Es esta sociedad que se conforma –incluso aplaude– con/a esta horda de mangantes, la nueva sociedad heredera de un digno pasado, la que proponemos como horizonte de futuro?
- v. Responder a las preguntas del ítem anterior “iv” y a los interrogantes planteados por el párrafo “b” “PRINCIPIO DE EXIGENCIA DE COHERENCIA EN LA RESPONSABILIDAD” requiere una explicación compleja y “bifurcada” porque en este punto entronca un conflicto de sociedades –de civilizaciones, incluso, de culturas– que están invadiendo y están siendo invadidas aprovechando las unas la fuerza torrencial de su ímpetu juvenil y aquejadas las otras de una senilidad quizá ya irreversible, todo lo cual exige una reflexión completa del momento actual y de sus posibles derivaciones futuras:
- (1) Pasado ya para Occidente el tiempo del “*esplendor en la hierba, de la gloria en las flores*” y a sabiendas de que sólo nos queda –quizá, aunque podría ser que...– “*la belleza que*

permanece siempre en el recuerdo”, la crisis de valores, que ahora sabemos ya que se trata de una crisis existencial muy profunda que pone en cuestión todos los fundamentos de la sociedad y de la cultura de varios continentes (exceptuando la mayor parte de África y una importante parte de Asia), esta crisis=terremoto social/cultural ha dispuesto en Occidente una debilidad extrema, la indefensión en el bache de su desmedro, y ha predispuesto a esta sociedad a sufrir los embates de otras que se la tienen jurada desde hace tiempo.

- (2) Occidente está siendo abatida por todos los vientos del cambio, quizá estertores de su última fase vital o, si somos más optimistas, sólo momentos de cansancio por estar mudando una vez más la gastada piel de sus aventuras anteriores. No sería lo mismo en términos de significado social, ni de futuro posible, ni de respuesta suficiente, pero lo cierto es que, sea como sea, el momento actual pilla a Occidente, no sólo con la guardia baja, sino con las costillas medio rotas y con las piernas tambaleantes. Es en este instante cuando los enemigos, atentos a cualquier forma de debilidad, acechan para atacar y están atacando. Una caterva generacional de populismo global –otra muestra más de hasta qué punto la senilidad de nuestra cultura está descuidando lo esencial en auto-defensa y en supervivencia– ha llevado al poder en muchas naciones occidentales a quinta-columnistas ideológicos que están permitiendo la invasión continuada y ya millonaria de sujetos de otras culturas enemigas de Occidente, los cuales siembran en el seno de nuestra naciones los nidos y colmenas de sus propias progenies, al tiempo que minimizan la cultura occidental y nos prueban mediante ataques menores (no menores para las víctimas) que la debilidad=desidia actual de Occidente se niega a castigar o deja en la más absoluta impunidad. Por lo tanto la debilidad de Occidente no es sólo su debilidad (falta de interés en sus fuerzas armadas, crisis moral que afecta a casi todos los comportamientos y los rebaja de fuerza y de decisión, dejación de deberes administrativos y defensivos en sus fronteras, ausencia de valores de repuesto para sustituir a los antiguos cuando periclitán...), sino que hay que añadir ese factor de traición que está consiguiendo crear en toda Europa una fuerza de intervención y conquista a base de políticas permisivas con emigrantes que no son tales, sino un ejército invasor; **es como si en el siglo III antes de C., los romanos hubiesen permitido entrar en Roma, no ya al ejército de Aníbal, sino al mismo Aníbal y sus generales, y los hubiesen hospedado en las casas de los optimates, por ejemplo el mismo Aníbal y sus hermanos en la propia finca de Quinto Fabio Máximo, y les hubiesen ayudado a construir templos a sus dioses, Tanit, Baal Hammon,**

Melkart, al lado de los templos de Júpiter y Marte, pagado soldadas sustanciosas, defendido frente a ciudadanos romanos de pleno derecho, entregado, en fin, por delegación de los pretores y questores la gobernación de los asuntos de la urbe.

Ésa es esencialmente la debilidad de Occidente en este momento actual y, en el fondo, parte de un hecho que ya se va viendo aparecer en este escrito: ante la necesidad de sustituir viejos valores que ya no dan más de sí, Occidente no tiene nuevos valores que ofrecer, sólo minucias miserables que ni son valores ni pueden fundamentar la arquitectura de una sociedad sana y pujante.

- (3) Al lado de sus fronteras y en otro montón de naciones no occidentales, existe una cultura fuerte, fundada sobre una religión muy fuerte, muy creativa, una cultura reciente en términos históricos, de forma que es enfrentar un joven en la pujanza de su mejor edad contra un viejo decrepito y, lo que es peor, desmoralizado. La cosa es sencilla, el cristianismo fuente de los valores en los que se ha fundado el Occidente, nació al principio de nuestra Era, hace por lo tanto unos dos mil años. La otra religión fue predicada por su Profeta hace solamente mil trescientos años, de modo que esa religión está en su sazón de creencias y feligresía, mientras que la occidental se arrastra en su ancianidad. No hay duda de que, moral y socialmente, la fuerza está de una parte y la debilidad está de la otra, porque no se trata tanto de si las sociedades no occidentales respetan o no respetan los derechos humanos (una invención occidental que otras culturas no contemplan), ni si tienen o no tienen sistemas militares dotados de los últimos avances tecnológicos (la tecnología es otra herramienta de Occidente que muchas naciones no necesitan), sino de fuerza moral, convencimiento popular, creencias arraigadas, determinación de defender sus propios sistemas de valores a toda costa, por ejemplo, a costa de sus vidas y de sus haciendas. Pocos son los que en Occidente están dispuestos a ello, muchos son los adversarios de Occidente que sí lo están.
- (4) Tenemos, pues, el momento de debilidad occidental al tiempo que el momento de poder y fuerza de sus adversarios, la caída occidental de sus viejos valores sin que estén siendo sustituidos por nada que se les parezca o se les asemeje en términos de fundamento y creencia social, al tiempo que la exaltación no occidental de valores y cultura ajenos al mundo occidental, defendidos por masas de creyentes fieles y decididos. ¿Qué propone Occidente en ese sentido para salir de su crisis y volver a apoyarse en valores firmes y fundamentales?:

- (a) Por un lado tenemos lo que nos ha salido como respuesta de estas mismas preguntas anteriores: 1) Sustitución de la RELIGIÓN: superstición religiosa y superstición científica. 2) Sustitución de la CIENCIA: atomización de los saberes científicos en multitud de parcelas separadas y sólo al alcance de sus cultivadores particulares, ni siquiera del resto de la comunidad científica; tecnologías de relumbrón cuyas consecuencias no se conocen y que convierten al profano en un mero pulsador de botones. 3) Sustitución de la MORAL: la solidaridad se ha convertido en un egoísmo que asesina embriones para tranquilidad de las madres, y en un desapego absoluto del bienestar ajeno, primando el yo sobre todas las demás categorías. 4) Sustitución de la GUERRA GLOBAL MILITAR CONVENCIONAL: por guerras económicas, igual de asesinas pero menos escandalosas; y crecimiento de las guerras locales menores para dar salida a la industria letal del armamento. 5) Sustitución del PRINCIPIO DE AUTORIDAD: publicidad, pantallas llenas de consejos absurdos, y figurones en las redes sociales; 6) Sustitución del PRINCIPIO DE EXIGENCIA DE COHERENCIA EN LA RESPONSABILIDAD: el nuevo “valor” es una conformidad absoluta con los desmanes del poder, al que se le otorga una legitimidad intrínseca, por ser el poder, no extrínseca, por sus actos y comportamientos. Si este amo es el amo, todo lo que haga es bueno, oportuno, legítimo, sea lo que sea, y hay que defenderlo a ultranza; 7) Sustitución de EL ESFUERZO INDIVIDUAL Y EL TRABAJO HONRADO COMO FUENTES DEL ÉXITO PROFESIONAL, DEL STATUS PERSONAL Y DE LA PROPIA SATISFACCIÓN: ¿Qué clase de sociedad es ésta otra, nueva y distinta, en la que el esfuerzo “de los tontos” recibe el desprecio de los listos, y el trabajo honrado se queda para profesiones honestas, zapatero remendón, taxista, fontanero, profesor..., y es repudiado como inútil y estúpido por todos los que desean subir en el ascensor social; qué sociedad es ésta que no se parece nada a la anterior y ni siquiera puede aspirar a considerarse su sucesora? ¿Es toda esta horda de ladrones, de chulos, de incapaces, de mentirosos, de desechos de tintera la respuesta que estamos dando como sustitución de valores antiguos que, en su momento y aunque haya llegado el tiempo del cambio, cumplieron dignamente su función? ¿Es esta sociedad que se conforma –incluso aplaude– con/a esta horda de

mangantes, la nueva sociedad heredera de un digno pasado, la que proponemos como horizonte de futuro? **Nada entre dos platos, o menos que nada.**

- (b) Por otro lado tenemos residuos nostálgicos que proponen –como recambio de los mandatarios que nos están vendiendo al mejor postor–, un retorno a los valores antiguos, precisamente aquéllos de los que nos estamos despojando porque son la piel desgastada y rota que ya no nos cubre. Hay muchos añorantes del pasado que proponen, como recambio de los falsos monederos que acuñan nuestra perdición, volver a las viejas monedas que ya no son admitidas en este nuevo mercado.
- (c) Aceptar la victoria de nuestros adversarios y asimilar su cultura, por mucho que esa asimilación suponga de derrota de nuestros propios propósitos, la cancelación de nuestro futuro y la desaparición de Occidente tal y como lo hemos conocido y vivido. No es una solución occidental; quizá no sea una solución si el adversario no pretende asimilarnos, sino destruirnos; pero acaso sea una alternativa a la cancelación absoluta de la historia occidental.
- (d) Ahora mismo lo anterior (c) parece una blasfemia y una traición porque Occidente sigue confiando en su fuerza, en sus valores (¿?), en sus ejércitos, en su moral de victoria, en su civilización... Y puede ser, ciertamente tiene de todo eso en abundancia, ejércitos poderosos, técnicas asombrosas, valores inveterados de gran consistencia y altura moral, una civilización que ha alumbrado los mejores logros y más altos designios en toda la Historia de la Humanidad... Pero ¿tiene los elementos espirituales de una fe consistente y aceptada, resistencia fundada en fuerza moral, confianza en un futuro deseable y posible, aceptación sin fisuras por parte de sus miembros, los nuevos valores de repuesto que sean, al menos, tan eficientes como los antiguos ...? ¿Los tiene?
- (e) Queda un hilo por traer a colación en estas líneas: si bien los valores antiguos parece que no dan más de sí, no se sostienen; y si bien los valores propuestos para sustituirlos son casi nada –por no decir menos que nada–, no ofrecen agarre al optimismo ni confianza en ellos: ¿cabe que Occidente desarrolle otros “valores de

verdadero valor”, nuevos pero valiosos, para salir de la crisis como salen los adolescentes, convertidos en seres adultos y maduros?... Tendría que ser algo nuevo, pero propio de Occidente, no ajeno a su esencia y carácter; tendrían que ser originales, pero latiendo en ellos la esencia que ha hecho de Occidente un puntal insustituible en el pasado de la Humanidad; tendrían que ser creativos, capaces de dar respuesta a los problemas actuales, incluso de insinuar en sus soluciones los problemas futuros; tendrían que ser suficientes, que no se necesitara, además de ellos, algún otro parche de distinto origen y esencia; y tendrían, quizá, que ser universales –exportables incluso a los adversarios que nos acechan– por el medio de ser más creativos que cualesquiera otros, más solucionadores, en suma, más “valiosos” que todos los demás del pasado y del presente. Como no soy profeta ni recibo comunicados de deidades super-humanas, no puedo responder, naturalmente, con garantía de acertar como quien tiene ya en su mano los resultados de las quinielas pendientes, pero puedo aventurar alguna respuesta, al fin y al cabo los locos sí que somos algo profetas, queramos o no: **α**) Occidente nació siendo una sola entidad dentro del Imperio Romano, acogido a su amparo y recorrido por los miles de kilómetros de sus calzadas, por los cientos de acueductos de sus aguas, por los cientos de ciudades nacidas bajo sus arquitectos y urbanistas, y esenciado por una lengua común que dio paso posteriormente a toda una serie de idiomas hermanos; así que podría ser el primero de esos valores nuevos una reunificación global de la Europa nacional que, preservando todos los elementos diferenciales, se sintiera unida otra vez en torno a una esencia espiritual común y en torno a un propósito civilizador y de futuro. **β**) El segundo podría ser una resurrección de su fe cristiana encuadrada en una reunificación de las iglesias cristianas que se separaron por futesas bobas en el pasado; un concilio de las confesiones cristianas que no necesitase ninguna renuncia a ningún dogma o credo local propio, pero que conviniese en una doctrina esencial sacada de aquellas páginas evangélicas en las que todos confluyan. **γ**) Un propósito común, solidario con el resto del mundo, auxiliador de los continentes más desfavorecidos, colaborador en las grandes causas humanas, comprometido con el bienestar global y con el reparto equitativo de las cargas y de los bienes del planeta. **δ**) Un sentimiento de humildad para reconocer

a la vez los fallos cometidos y para servir de ayuda al resto del mundo, sin pretensiones de liderazgo a pesar de que sea Europa la que haya avanzado con éxito muchas de las labores civilizadoras que se han llevado a cabo en el mundo. €) Una renuncia a la vanidad de pretender ser guías y mentores de otras sociedades que han tenido también sus genios pensadores y creadores, autores de innumerables maravillas espirituales y de cuyo rescate debería Occidente hacerse partícipe y aún gestor.

- (f) Pero ¿no hay valores nuevos, que no consistan en una imagen –renovada sí, potente, sí–, pero basada en líneas antiguas?... Si adquiriera los valores citados en el punto anterior, ya podríamos darnos los occidentales con varios cantos en todos los dientes, pero puedo admitir algún otro valor no citado: ya que Occidente ha sido en gran parte el inventor de las nuevas técnicas basadas en las nuevas ciencias, acaso un nuevo valor no anunciado por el pasado ni citado aquí todavía, sería el poder de convertir todo ese aparato científico-técnico –que está confiado a los “chamanes de su religión secular” y del que los feligreses profanos somos solamente apretadores de teclas–, en un nuevo impulso hacia la creación de una reserva de espiritualidad que naciera, no de la ignorancia, sino de la veneración cognoscente, y que formase un credo distinto; si las religiones tradicionales están basadas en Dioses trascendentes cuya esencia permanece tan abstracta y remota que los fieles no la alcanzamos en absoluto, y si los dogmas son impenetrables mandatos que no pueden ser desobedecidos pero tampoco comprendidos, el nuevo credo –sin pretensión de suplantar las creencias religiosas tradicionales que tanto han hecho por la humanidad en términos de cultura y de progreso– consiguiera unificar al planeta en una especie de acción de gracias, comprometida por medio del conocimiento, hacia la prodigalidad de la realidad natural, el genio de los creadores de maravillas, la aceptación social de su rendimiento y el luminoso futuro que de estos prodigios parece nacer. No ser simples rezadores de letanías carentes de sentido –apretadores de teclas–, no ser simples estudiosos de protocolos de actuación, no ser ignorantes usuarios de portentos desconocidos, sino apóstoles de la transformación de la naturaleza por medio del creativo espíritu humano. Si tal cosa fuese posible, al tiempo que subiríamos nuestra ciencia y

nuestra técnica al siguiente nivel, podríamos participar al resto del mundo de una nueva orientación espiritual y, acaso, trascendente.

Varias veces he repetido que carece de sentido juzgar los nuevos valores en el marco de los valores anteriores y he creído demostrar por qué. Naturalmente que hay defensores de los unos y de los otros, generalmente cada uno defiende aquello que ha vivido, en lo que ha sido educado, cuyo funcionamiento comprende y de cuyas ventajas ha disfrutado; por eso los abuelos cuentan “batallitas de tiempos pasados” a sus nietos, como si fuesen la maravilla que ya desapareció dejándonos huérfanos, y los nietos se ríen con desprecio o, como mucho, oyen con benevolencia la perorata incomprensible de sus ancianos parientes. No se pueden traducir unos valores a otros, no se puede sacar una hebra de un tapiz y tratar de ver cómo encaja en el dibujo de otro tapiz diferente, que representa otra escena y servía para otros usos; esa tarea no lleva a ningún sitio.

Si que es verdad que, aunque no se pueda, hacemos una comparación: yo mismo, al poner los unos a continuación de los otros, he estimulado en este texto esa comparativa que digo que no se puede hacer. Es inevitable hacerlo, sobre todo si el saldo de los valores nuevos nos parece misérrimo cuando recordamos los valores antiguos, no nos valen los argumentos que prohíben tal sin-sentido, o nos dan igual, en una mano tenemos la aparente penuria de los nuevos modos y en la otra la aparente exuberancia de los antiguos, y notamos –se quiera o no, tenga sentido o no– el peso distinto de los unos y de los otros. Es inevitable pero no es científico ni es racional.

Casi al principio de este ensayo comenté por extenso el ejemplo del astrónomo Johannes Kepler y apunté de pasada el esfuerzo moral e intelectual que debió de tener que realizar para desprenderse de la idea del “cielo perfecto=cielo circular”, negar sus creencias inveteradas, heredadas de milenios de pensamiento astronómico, para admitir algo tan poco ortodoxo ¡como elipses!. Se entiende bien su pregunta asombrada y escéptica: “¿*Por qué elipses habiendo círculos?*”. Era un hombre piadoso y, de estar hablando de tú a tú con su Dios Creador, seguramente le habría hecho esa pregunta, que estaba en realidad dirigida a Él.

Nosotros podemos ponernos por un momento en su situación y sentir parte de su desolación y de su asombro, al mismo tiempo que lamentamos la desaparición de aquellas maravillas de la antigua astronomía. ¡Ahí es nada!: ser nuestro planeta el centro del absoluto universo, el punto más importante del entero cosmos total. Y contemplar el despliegue en círculos concéntricos de todas las esferas del Sol poderoso, de la Luna cercana, de los planetas, de las estrellas remotas, de la última negrura del universo completo... Todo en nuestro derredor, creado por el propio Dios Nuestro Señor que nos ha creado a nosotros y ha dispuesto que tengamos como paisaje ese Cosmos colocado a nuestro alrededor para maravilla diurna y nocturna, como corresponde al Amo de la creación, que es el Hombre, a quien el propio Dios ha pedido que le dé un nombre a cada creatura: nombre, naturaleza, esencia.

Y ¡¡de pronto!!: no somos el centro de nada, somos una piedra muerta que gira sobre sí misma sin ton ni son, como una peonza loca, y que luego se traslada alrededor de una estrella central, que es la verdadera luminaria de todo este mundo; otros mundos más interesantes y grandes que el nuestro orbitan también en torno a esta luminaria, ni siquiera somos el más grande o el más pequeño, no somos ni el más cercano ni el más lejano. En cuanto a ese tal Sol, es una más de los millones de estrellas de una acumulación galáctica que no es especialmente significativa entre los millones de otras galaxias que hay también en el infinito Universo... Somos un pedrusco miserable en un rincón perdido que no alcanza a ver ni siquiera las luces principales de la inmensa urbe cósmica en la que está.

¿Cómo no comparar la maravillosa centralidad de las esferas antiguas, todas paseando solemnes en torno a nuestro trono, con este pedrusco miserable perdido en un oscuro escondrijo sin brillo y sin interés. Y eso que, por ahora, podemos mantener la ilusión de que nosotros –sí, la inteligencia–, somos la única muestra de tal cosa en el cosmos inmenso, al menos hasta que nos visiten –o visitemos a– otros seres mucho más inteligentes que nosotros, más civilizados –no sería difícil–, más todo que nosotros y tengamos que reconocer que no sólo vivimos en una chabola perdida, sino que somos perros famélicos a la sombra de una cultura superior.

La comparación es inevitable, y los astrónomos del Renacimiento tuvieron que sufrir una conmoción enorme al cambiar un concepto por otro, un relato maravilloso por una película española de serie B y en blanco y negro. Pero... lo cierto es que, si se perdieron en ese tipo de ensoñaciones, no consiguieron nada con sentido, porque lo que ocurre en el cosmos, de verdad, es lo que Kepler descubrió que ocurre, que no hay círculos, que sólo hay elipses, y que la única regularidad geométrica es que el radio vector que une a cada planeta con el astro barre áreas iguales en tiempos iguales, y que los cubos de los tiempos de revolución son proporcionales a los cuadrados de las distancias medias de cada planeta al astro. Para que veamos en primer plano el cambio de un sistema por otro sistema, y comprendamos la inutilidad y el sin-sentido de tratar de interpretar lo nuevo en términos de lo viejo.

¿No hay, pues, ninguna forma legítima y racional de emitir juicios paralelos acerca de los valores de un sistema y de otro sistema? ¿No hay forma de “preferir” un modelo de sociedad en lugar de otro, no por pertenecer a uno de los dos, no por sentir mayor aprecio por uno que por otro? ¿De modo imparcial?

Seguramente no la hay, ni en cuanto a lo ya dicho, que una hebra del nuevo tapiz no puede formar parte sin más del dibujo antiguo del tapiz viejo, ni podemos juzgar un valor de un sistema de valores, fuera de su propio sistema y en función de otro sistema distinto al que este valor no pertenece y en el cual no tiene cabida ni sentido. Pero tampoco en otro orden de cosas: porque no estamos lo bastante alejados del universo comparativo, ni los que sostenemos aún los valores viejos que piden ser cambiados, ni los que sostenemos los valores nuevos que tratan de imponerse. Todos los que pertenecemos a la sociedad anterior, a la sociedad nueva y a la sociedad en crisis de cambio, tenemos la mirada demasiado atenta a los detalles menores más que a los perfiles generales.

Ahora bien, si no podemos hacer juicios comparativos, sí podemos notar una tendencia, la cual está presente desde el primero de los ejemplos que he puesto (la sustitución del cosmos

aristotélico y de Claudio Ptolomeo por el nuevo cosmos de Copérnico, Kepler y Galileo) hasta el último (el esfuerzo individual y el trabajo honrado sustituidos por la posición social que llama “tontos” a los que se esfuerzan y admira a los que consiguen medrar por saberse arrimar al árbol más frondoso, sin trabajo, sin esfuerzo, sin mérito propio ni valía personal).

Es verdad que no tendría sentido meter con calzador las leyes de Kepler en el cielo aristotélico o en el de Ptolomeo, lleno de ecuantes y epiciclos; y es verdad que la nueva visión social sobre el esfuerzo ni siquiera se entendería cuando los mejores maestros recomendaban trabajo y esfuerzo, y la sociedad aplaudía ese proceder. Pero hay una especie de inclinación o tendencia en todos los cambios, no exactamente pasar de una visión estética=fantástica=literaria, a otra práctica=técnica=concreta, pero sí un proceso de perfilamiento, de desinflar expectativas demasiado fantásticas para acomodarlas a una práctica concreta y materialmente definida. Como el tema es sutil empezaré mejor con un ejemplo: tengamos –para guardar el “invierno” en el armario y hacer sitio al verano– que enrollar todas las mantas y cobertores que hemos necesitado hasta ahora por los fríos de noviembre, diciembre, enero, y aún de mayo, y dejar paso a sábanas más finas, menos abrigadas; así como guardar calentadores y demás artilugios invernales para dejar paso a ventiladores y abanicos. Procedemos primero a enrollar esas mantas y recoger esos calentadores, juntando sus cables, etc.; enseguida metemos todo ello en una gran bolsa de plástico estanca –grande porque todo ello abulta mucho–. Sabemos que en el altillo sobre el hall no cabrá ese fardo, pero tenemos un truco: con la bolsa llena cerrada menos una boca pequeña, acoplamos a esa abertura la boquilla del aspirador, cerramos la unión y enchufamos ese aspirador a la corriente; el aparato saca todo el aire, no sólo el que está presente en los intersticios entre mantas enrolladas y cables del calefactor, sino todo el que está presente entre la capas del rollo de mantas y cobertores, todo el que está presente entre las volutas del cable, todo el que sigue estando entre los distintos elementos del bulto, hasta que éste, reducido casi a su mitad, ocupa mucho menos y presenta –perfilado ahora crudamente por el plástico que está siendo compelido por la succión– todos los ángulos, protuberancias, huecos, rincones, de los elementos del bulto en su contundente formato. Es como si hubiésemos pasado de un estado de libre disposición en el cual cada cosa ocupa mucho más espacio de lo que ocupa y no se siente obligada a desnudar con brutalidad sus perfiles, a un estado de concreción en que cada cosa ocupa sólo el espacio que ocupa y enseña sus formas más íntimas –las que definen su función, no sólo las que determinan su estética–.

Los cielos de los antiguos eran deudores de una estética grandilocuente que se empleaba para muchas otras cosas no cosmológicas, para metafísicas del Primer Motor o teologías del Acto Puro, y que se basaba en prejuicios no experimentales –mucho fantasear y poco medir los movimientos planetarios– y en teorías abstractas de gran poder gnoseológico/estético y escasa observación empírica. Cuando la tal observación se impone e impone sus leyes y algoritmos –Tycho Brahe fue un observador de primerísima fila, y Johannes Kepler un matemático de talento genial–, entonces la gran bolsa donde se mueven a sus anchas las ficciones poco empíricas y fantásticos “elementos auxiliares” para dar cuenta de lo poco que observan a simple vista nuestros ojos, esa gran bolsa es sometida a la succión implacable de la observación minuciosa y la anotación precisa, al tiempo que al rigor matemático=geométrico de las leyes cosmológicas que de todo ello se deducen. Es como si la fantástica presencia del bulto primitivo fuese obligada a concretarse a su formato real, no ficticio, no inventado, basado en las pruebas de su comportamiento efectivo observadas y medidas con toda

precisión, enseñando ahora ese bulto –muy reducido de tamaño y acusando sus perfiles verdaderos– las líneas auténticas de la realidad.

Lo mismo podemos ir viendo –aunque no siempre con la claridad meridiana de este ejemplo– en los otros pasos citados:

- I. **Sustitución del PRINCIPIO DE AUTORIDAD: publicidad, pantallas llenas de consejos absurdos, y figurones en las redes sociales.- Insisto en que no se trata de juzgar comparativamente –en cuyo caso tendríamos la tentación inevitable de decantarnos por el valor antiguo– sino percibir la tendencia de la que he hablado.**
 - A. El principio de autoridad consiste en una ejemplaridad global ejercida sobre discípulos, súbditos, ciudadanos, etc. por parte de gentes dotadas de *auctoritas* –jueces, profesores, gobernantes...– y, por lo tanto, es un mandato de arquetipos platónicos, que pretende marcar un camino de rectitud, de dignidad, de honestidad, de buen comportamiento, el cual comportamiento deviene bueno en la medida en que se acaten las normas que esos modelos de autoridad representan y defienden. La esencia de dicho principio es, por lo tanto, que los discípulos, súbditos, ciudadanos..., siguiendo los consejos de los modelos de autoridad, imiten sus comportamientos. El valor del principio descansa, pues, en lo que valgan los ejemplos de los tales modelos – en cuanto son tales modelos–, que se juzgan ejemplares por su status social de jueces, profesores, gobernantes, etc. Lo que sucede es que esa ejemplaridad se les supone en virtud de dicho status, no tanto por las virtudes individuales propias. Son espejos sociales, no iconos individuales. La sustancia que se espera de su ejemplo –insisto en que se trata de arquetipos platónicos definidos por el status y el consenso social sobre el mismo– consiste en lo dicho: rectitud, honestidad, buen comportamiento, etc. Si acaso su actuación individual es, por el contrario, deshonesto, prevaricadora, el asunto no importa y el ejemplo no pierde su efectividad, porque creemos que lo que el discípulo... tiene que imitar no es el acto personal perverso del sujeto que es juez o profesor, sino el acto puro que todo juez en cuanto juez, todo profesor en cuanto profesor y todo gobernante en cuanto gobernante, protagoniza cumpliendo las expectativas asociadas a su status por la creencia popular. En última instancia este principio podría sustentarse en las “figuras míticas” de juez, profesor, gobernante... y en lo que la sociedad espera de tales figuras por ser los arquetipos que son, no sería necesario que hubiera un juez concreto, un concreto profesor o un gobernante concreto predicando con el ejemplo. Así que cuando hablamos del antiguo valor del principio de autoridad, en realidad estamos hablando de la presentación tangible de los valores subsidiarios, honestidad, rectitud, verdad, buen comportamiento, civismo, solidaridad, etc.
 - B. Lo que hace el nuevo valor que he ejemplificado en la publicidad, las pantallas y los “influencers”, es sustituir estos valores subsidiarios por cosas mucho más prácticas, que son las que ahora se publicitan en lugar de los valores de esa lista de honestidad y cía. *Compra este detergente porque es sostenible, compra en este supermercado porque reciclamos nuestras bolsas, compra este*

automóvil porque es eléctrico y no usa combustibles fósiles, compra este espacio de TV porque lo conduce una de las pantalleras más ilustres y convincentes, haz como yo, usa lápiz de labios PONyPIN porque tiene un brillo elegante y no utiliza aceite de palma... En suma, es la sustitución del consejo de honestidad y rectitud por los consejos de sostenibilidad, ecologismo, electricidad/versus/gasolina, elegancia, recusación de productos malditos (male-dictos)... Así como la honestidad es un abstracto, la sostenibilidad –que también lo parece– no lo es, ya que hay un consenso social sobre que se trata de algo muy concreto (legar un planeta limpio, no gastar recursos naturales finitos, atender nuestras necesidades no sólo a nuestros recursos y ni siquiera solamente al bien común, sino al bien del planeta en su conjunto global, gota a gota, hormiga a hormiga). Y si la rectitud es un abstracto, la imitación de los rostros populares no lo es, porque esos rostros comen con nosotros, cenan con nosotros, viven con nosotros desde el cristal y nos dicen cosas sencillas y concretas como que hay que respetar los límites de velocidad en las autopistas y hay que usar este aceite de motor y no otro porque con éste te dan dos latas por el precio de una.

- C. En el fondo, la tendencia se cumple, los consejos paradigmáticos son cada vez más concretos, más prácticos, más al pie de obra, ésa es la realidad en el cambio de unos valores por otros.
- D. No se trata, no obstante, de preferencias basadas en comparaciones. En parte por las razones que he dicho antes, que no se puede entrar a juzgar los unos en función de los otros. Pero por otra razón también, acaso más profunda: todos los valores se imponen desde grupos influyentes (sean influyentes como antes, por su status de jueces, profesores, gobernantes... o sean influyentes como ahora, por auparse sobre las pantallas infinitas, sobre la publicidad apabullante, sobre la estupidez colectiva que imita lo estúpido), todos los valores se imponen desde grupos influyentes que siempre pretenden, ATENCIÓN, su propio interés, ya sea profesional, económico, político, religioso, el que sea. En eso nunca se diferencian unos valores de otros. Y si necesitan mentir, que sí, que lo necesitan, mienten, silencian, como cuando se predicán los motores eléctricos sobre los de combustible porque contaminan menos... como si las centrales eléctricas fueran siempre hidrológicas y no térmicas o nucleares, como si fabricar pilas no fuera una industria muy contaminante, o como si los frecuentes incendios de los vehículos eléctricos no contaminasen con sus humos super-tóxicos. La realidad que se esconde detrás de estas mentiras ecológicas es el final de los combustibles fósiles y la necesidad que tienen los amos del mundo de convencernos para usar otros medios que controlen ahora como controlaron otrora el petróleo y el gas.
- E. Pero insisto en que la tendencia se cumple y traduce un cambio=sustitución progresiva del tipo de sociedad que va apareciendo, cada vez menos abstracta, menos fundada en conceptos y teorías inmateriales –en lo que nos espera en un futuro profesional brillante, o en una vida ulterior paradisiaca–, y cada vez más apoyada en la experiencia inmediata, en lo que se pueda conseguir del aquí y

del ahora, en los perfiles materiales que marcan la forma de lo que hay y con lo que contamos.

II. **Sustitución del PRINCIPIO DE EXIGENCIA DE COHERENCIA EN LA RESPONSABILIDAD:** el nuevo “valor” es una conformidad absoluta con los desmanes del poder, al que se le otorga una legitimidad intrínseca, por ser el poder, no extrínseca, por sus actos y comportamientos. Si este amo es el amo, todo lo que haga es bueno, oportuno, legítimo, sea lo que sea, y hay que defenderlo a ultranza.-

A. Ya he explicado en qué consiste este principio, y cuánto necesitamos los súbditos confiar en la coherencia del mando, en que el mandatario supremo sabe lo que hace –sea robar a manos llenas, mentir con descaro, chulear a la nación que gobierna, pero sabe lo que hace cuando, aparte de esos desmanes, dedica el escaso resto del tiempo a administrar los asuntos públicos–. Es una exigencia que traduce la contrapartida del poder: te confiamos el poder (a sabiendas de que lo primero será enriquecerte, enriquecer a tus amigos, mentirnos y robarnos todo lo que puedas) a cambio de que administres los asuntos comunes y en esa función seas lo bastante coherente –transparente– como para que estemos tranquilos por haberte confiado esta tarea administrativa o gubernativa. Suelo citar un ejemplo raro que, además, no es mío: **en una película de patadas y puñetazos de uno de los actores especialistas en estos asuntos –cinta que toda ella consiste en eso y que se titula en España REDENCIÓN–, hay una escena en que el protagonista está dentro de una furgoneta junto a una joven monja que es quien tiene el volante; la mujer está cansada, triste, agotada y el protagonista le pregunta “¿quiere que conduzca yo?”. Recibe por parte de la monja –no tan firme en su fe como podríamos esperar–, una respuesta que es un tratado completo de teología, cuatro palabras terribles capaces de levantar las capas más hondas del alma: “Quiero que alguien conduzca”... Más o menos eso esperamos de nuestro dirigentes, o esperábamos cuando ese valor estaba vigente.**

B. Dada la naturaleza del “valor sustituto”, más que de un valor debemos hablar de una simple respuesta pasiva, ya que la sociedad actual parece haber renunciado –al menos en España y en Europa– a crear un valor nuevo que mejore el antiguo o, al menos, lo sustituya sin merma. Ante el descaro y la impunidad delictiva de sus gobernantes, la sociedad se ha refugiado en una conformidad inerte, en un darle todo lo mismo, en un permitir sin protestas y sin revueltas que los amos de sus destinos se conviertan, efectivamente, en los amos de sus destinos, cediendo ¡¿quién lo hubiera pensado en la Europa de la Segunda Guerra Mundial, luchando bravamente por su autonomía?! su libertad, su capacidad de auto-domino y aún sus expectativas de futuro. Que los amos hagan lo que quieran, que roben, que mientan, que prevariquen, que permitan invasiones de miles de inmigrantes del continente del Sur sin asomo de protección de fronteras, sin defensa, sin dignidad, sin vergüenza. La sociedad se calla, mira para otro lado, permite, consiente, incluso vota a favor de esos desmanes incomprensibles, mantiene en el poder “democráticamente” a los lobos guardando los rediles, comiendo ovejas, degollando corderos, sin

protestar, con letal condescendencia. Como la mayoría de las naciones de Europa (también HispanoAmérica está plagada de sociedades vendidas/vencidas, entregadas al mejor postor) son ficticiamente democráticas, los amos del poder deben –al menos de cara al público elector– conseguir de sus votantes la conformidad con sus actos, pero no tienen que preocuparse: sean los actos los que sean, los más infames, los más prevaricadores, sus feligreses les siguen votando a la voz de “*son los míos*” o “*que no gobiernen los adversarios*”, como si estos amos presentes no fuesen ya lo bastante adversarios, lo bastante ladrones, lo bastante déspotas. Así que el nuevo “valor” sustitutorio de aquella exigencia antigua que pedía, al menos, coherencia en la acción gubernativa y transparencia en la responsabilidad, da por descontado que esas exigencias son absurdas, que todos los amos, en cuanto agarran el poder, lo usan para su bien personal y nunca para el interés del pueblo al que gobiernan, y que eso es tan fijo como la ley de la gravedad, es un destino escrito en las estrellas y no hay posible respuesta por parte del rebaño. Se trata, por tanto, de nuevo, de una actitud práctica, refleja la respuesta a una situación concreta que se piensa inmovible y, por ello, imposible de evitar o modificar. Lejos de las ficciones políticas antiguas, cuando los pueblos orgullosos exigían a sus gobernantes grandeza, magnanimidad, valentía y, desde luego, que dieran cuenta pública de sus actos, ahora callan y aceptan, se someten al látigo de la prepotencia y al desamparo de los latrocinios. Claro, no es posible negarse a comparar –la naturaleza de ambos “valores” está pidiendo a gritos un juicio comparativo, aunque no tenga sentido–, pero es como cuando los historiadores del nazismo le piden –a buenas horas– a los millones de gaseados en los campos de exterminio que se rebelen, que son millones y sus guardianes solamente cientos, que esa mansedumbre no es digna, sólo es letal, que pueden liberarse o, al menos, morir combatiendo y matando por su libertad. Como la respuesta de esta sociedad actual ante el comportamiento de sus amos o, si se prefiere, como este “valor” sin valor parece una burla en comparación con la dignidad del valor antiguo, quizá no esté de más analizar un poco más a fondo este tipo de respuesta, el de nuestra aborregada sociedad actual=el de las víctimas del nazismo genocida.

1. La masa apática tiene como sus causas principales que está desarmada y que lleva largo tiempo aceptando su triste destino servil, de forma que no tiene costumbre, de rebelarse y sabe, además, que ha sido desarmada mientras el poder cuenta con todas las fuerzas a su favor. El poder tiene generalmente el control de los ejércitos; desde que antiguamente cabía la posibilidad de intentonas militares, el poder ha aprendido a contentar a los mandos de los ejércitos, asociándolos a las prerrogativas del poder, el dinero, el status, los beneficios, de forma que ya son tan sencillas las revoluciones comandadas por tropas descontentas. Pero lo más importante es que el ciudadano se ha ido acostumbrando a la explotación de los amos y a su prevaricación porque ha sido paulatina y muy pausada, muy poco a poco, hoy te limito una libertad, mañana te la limito un poco más, pasado mañana te

la quito del todo pero casi ya no la tenías... y no se acuerda de reaccionar, ya no sabe, ahora hace cuentas de que puede perder más de lo que puede ganar, y desiste (o algo más hondo –algo peor– como veremos luego). En la Alemania nazi, los camisas pardas (todas las camisas de todos los colores) primero escogieron un chivo expiatorio –el pueblo judío– que no alarmase demasiado a la gente en general, luego fueron exterminando a ese pueblo a la chita callando y hablando siempre con las grandes palabras, los grandes mitos, la pureza de la raza, el destino glorioso, un nuevo imperio de mil años... hasta que tuvieron en su mano todos los resortes del poder; y no pararon hasta que los aliados aplastaron su ejército y sus uniformes negros, derrocando en poco tiempo ese ficticio imperio milenarista por el que murieron millones de alemanes que no habían sabido reaccionar a tiempo. En la Europa actual, especialmente en la España de hoy (2020, 2021, 2022, 2023...), amos perversos están desguzando trozo a trozo la sociedad española y la nación española, de gloriosa y milenaria historia, vendida al peor postor, a los enemigos declarados de ella, y admitiendo en todo el continente, sin pausa ni medida, inmigrantes africanos que suponen una invasión, mientras los pueblos callan, consienten y miran hacia otro lado.

2. Los amos del poder también han aprendido la técnica del palo y de la zanahoria, aplicándola ahora con un rizo argumental muy atrevido y con una prepotencia absoluta: se trata de constreñir al ciudadano legítimo con impuestos salvajes, que destruyen tejido empresarial y empobrecen a las familias; para entregar luego los rendimientos de esa exacción delictiva –pero de apariencia legal– a los inmigrantes improductivos y super-numerarios a los que, no obstante, se les van concediendo prerrogativas electorales y de los cuales se espera que conserven en el poder a esos mismos amos de los que siguen aceptando sobornos.
3. Pero todo esto no explica la apatía, el entreguismo, la derrota aceptada, la indolencia, que es la razón de fondo, la causa verdadera. Cuando en sus emigraciones se juntan centenares de miles de ñus, si el rebaño es atacado por una o dos leonas, bastaría una cincuentena de ñus, con sus cuernos y sus durísimas pezuñas, para matar a las cazadoras y dejar sus pieles sangrantes, rotas y vacías decorando la sabana, pero los herbívoros, aún siendo miles contra dos, prefieren huir, siempre huir, jamás enfrentarse, lo llevan impreso en los genes, ellos son presas, no cazadores, y las leonas también, ellas son cazadoras, no son presas. Al parecer, los pueblos sometidos tenemos también algún gen de esclavitud, de obediencia, de sumisión, y los amos, por el contrario, son esos pocos especímenes que nacen con un gen de dominio, prepotencia, mentira y prevaricación. Pero veamos la explicación de los ñus y su traducción. Explicación de los ñus: “A mí todo esto no me afecta, afecta a ese jovencito debilucho que se están comiendo las leonas, no a

mí, así que puedo seguir pastando tranquilamente". La traducción: "A mí todo esto no me afecta, yo tengo mi sueldecito de funcionario, mi cochecito, mi piso ya sin hipoteca, mi cervecita de los domingos por la mañana en la terraza del bar; que prohíban los viajes en avión no me afecta, no cojo el avión porque nunca salgo de mi barrio". Sabemos, no obstante, que el pueblo español –y en general todos los pueblos de Europa, muchos de cuyos habitantes (aunque no todos, también hubo colaboracionistas) se defendieron con gallardía contra el invasor alemán–; sabemos que el pueblo español tiene reservas de rebeldía, incluso de rabia, contra los que pretenden someterlo, como ha demostrado una y otra vez a lo largo de su historia; entonces ¿por qué ahora calla y se resigna cuando una pandilla de amos prepotentes –que roban, mienten, pero son incapaces de gobernar, la nación tiene con ellos las peores cifras, de paro, de delincuencia anti-femenina...–, cuando esa caterva les somete, disminuye su libertad, desarma a su policía, regala paguitas a extranjeros siendo así que sus naturales suman cada vez más parados...? ¿Qué razonamiento tengo yo para explicar este despropósito? ¿Cómo es que el nuevo "valor" que sustituye a los antiguos dignidad, orgullo, pundonor y sentido de la propia honorabilidad, es una derrota auto-infligida, una desgana apática, un sometimiento vergonzoso? ¿Se explica solamente por lo que he apuntado más arriba, porque esta respuesta es lo más práctico que se puede hacer en la presente situación, porque no se trata ya de grandes montajes honrosos, de globos de gallardía, de humos de vanidad, sino de ponerle al mal tiempo buena cara y sacar de la peor situación el mejor rendimiento, aunque sea mínimo?... Lo dicho previamente –la sustitución de valores abstractos de escasa representación social y pobres contenidos verdaderos por valores más concretos, de mejor rendimiento– autoriza a responder afirmativamente a esta última pregunta, pero no quiero dejar de profundizar algo más en esta postura cobarde que me parece que necesita una respuesta de mayor contundencia. En suma, lo que sucede es que hemos dejado de reclamar a nuestros dirigentes la coherencia en la responsabilidad y la transparencia en la gestión de nuestros asuntos públicos; convencidos de su desleal administración, pasamos del asunto y lo aceptamos todo. Sin protestas, sin revoluciones, sin nada. Ahora –por ahora– solamente veo una explicación, acaso parcial e insuficiente, que es: hemos cambiado el sentido de la solidaridad (*la que nos llevaría a unirnos todos para defender al débil aunque ahora la leona cazadora no vaya a por nosotros*) por el sentido del egoísmo (*yo tranquilo, ahora no va conmigo*); estamos viviendo un proceso de cambio que consiste en una destrucción de la estructura social, desatando los lazos ocultos que hacían de la sociedad un organismo vivo, para poner sobre la mesa de la morgue un cuerpo muerto al que ya no importa si le van arrancado trozo a trozo los órganos y los miembros, ya que no existe un espíritu unificador, vivenciador y rector que proteja al conjunto. Me parece que es un resultado colateral de la unión de naciones europeas (también

algo similar en otros continentes), la pérdida del sentido nacional unificador, porque ahora vemos los desastres que la multiculturalidad produce en Francia, Alemania, Suecia, Holanda y nos decimos “*no va conmigo, se trata de otro animal del rebaño, yo puedo seguir pastando*”. Lo que hace grandes a las naciones no es su tamaño ni su riqueza, sino ese espíritu de unidad solidaria del *todos para uno* que desanima a los depredadores porque los ataques individuales tienen siempre una respuesta colectiva abrumadora y letal. Los amos que alcanzan el poder saben, pues, que ese tal poder es absoluto porque sus desmanes no tendrán respuesta; y cuando el poder es absoluto, ya sabemos que la corrupción que entraña es absoluta también. Pueden atreverse a lo indecible: destruir la división de poderes, falsificar los procesos electorales, limitar la libertad hasta hacerla desaparecer, ningunear la ley o crearla a golpe de capricho, sin medir sus consecuencias ni establecer su legitimidad. Si el poder es absoluto, la indignidad alcanzará cotas de vértigo, al final la propia destrucción del tejido nacional que unos súbditos cobardes han iniciado con su insolidaridad y su egoísmo. Entonces, reuniendo en un solo contenido argumental los dos nudos esenciales de este párrafo, llegamos a la inevitable conclusión: **la sociedad global actual considera más práctica, más concreta –más provechosa– la destrucción del tejido social unitario y su atomización que el patriotismo grandilocuente o la antigua dignidad nacional de los destinos universales.**

4. Y es ahora ¡**por fin!**!, cuando podemos dar la respuesta **verdadera** a la pregunta tantas veces repetida: “*¿por qué la sociedad se somete, como con un servilismo deshonroso y una aparente cobardía, a la prepotencia de los amos del poder?*”... ¡**porque no hay tal sometimiento!**, esos amos son los que ella, la propia sociedad, ha elegido conscientemente, son los instrumentos de los que ella se ha provisto para desguazarse a sí misma, son sus propias herramientas, no las acepta sumisa sino que las elige adrede. Y hay que reconocer, viendo el actual estado de la mayor parte de las naciones europeas (no todas, algunas prefieren seguir siendo patrióticas y dignas), y en especial España, caso paradigmático de todo lo que vamos diciendo, hay que reconocer que ha elegido bien los mejores instrumentos de auto-destrucción, desunión, atomización de su tejido social constitutivo y de su corpus histórico.
5. Pero todavía nos queda por resolver una última cuestión: *¿por qué esta sociedad considera más práctica, más concreta –más provechosa– la destrucción del tejido social unitario y su atomización que el patriotismo grandilocuente o la antigua dignidad nacional de los destinos universales?*...

- a. Quizá porque dos Guerras Mundiales,
- b. multitud de guerritas locales,
- c. varias guerras civiles,
- d. distintos odios étnicos violentos y de unas regiones hacia otras dentro del conjunto nacional,
- e. la proliferación de diferentes independentismos,
- f. la tendencia federal y confederal que se difunde por el continente (a la par, pero más deprisa, que sus esfuerzos aglomeradores y unitarios),

han cansado a la gente y agotado las esencias altisonantes de las patrias nacionales siempre con el deseo de conquista, la necesidad de la defensa, o el prurito de resarcirse del honor nacional herido. Al contrario: mi trocito de libertad individual, mi pequeño predio de confort, sueldo seguro, casita cómoda en pequeña ciudad provinciana, significan mucho más que morir en trincheras gaseado por la *grandeur de la patrie* o por “*una unidad de destino en lo universal*”, conceptos que, si alguna vez tuvieron sustancia, ya no la tienen ni mueven voluntades. Y si el vecino del quinto quiere declararse independiente, pues que se declare; mientras no sea yo el ñu que caza hoy la leona, seguiré pastando tranquilo. ¿Que el rebaño se desune y se pierde en la pradera infinita?... que se pierda, no me gustaba nada formar parte de esa horda inmensa y ciega, ni seguir su trayectoria tanto si quería como si no –que no–. Yo sé dónde estoy y todos los días treinta de cada mes ingresan en mi cuenta el sueldecito seguro.

III. **Sustitución del EL ESFUERZO INDIVIDUAL Y EL TRABAJO HONRADO COMO FUENTES DEL ÉXITO PROFESIONAL, DEL STATUS PERSONAL Y DE LA PROPIA SATISFACCIÓN:** ¿Qué clase de sociedad es ésta otra, nueva y distinta, en la que el esfuerzo “de los tontos” recibe el desprecio de los listos, y el trabajo honrado se queda para profesiones honestas, zapatero remendón, taxista, fontanero, profesor..., y es repudiado como inútil y estúpido por todos los que desean subir en el ascensor social; qué sociedad es ésta que no se parece nada a la anterior y ni siquiera puede aspirar a considerarse su sucesora?.-

- A. También en este tema he analizado ya sus notas esenciales, además del hecho “histórico” de que hubo un tiempo en que, en efecto, eran el esfuerzo individual y el trabajo honrado los únicos caminos para lograr el éxito profesional y un status suficiente y duradero. No estaba dicho sistema, sin embargo y a pesar de su apariencia elegante y hasta exquisita, exento de dificultades y defectos incluso graves: la gente que no podía –aunque quisiera,

por orfandad de principios, por falta de capacidades, por ausencia de oportunidades– realizar esos esfuerzos, quedaba para siempre fuera de la sombra protectora del acomodo social, lejos del bienestar mínimo, en situación de pobreza constante o pobreza extrema, sin acceso a los bienes necesarios para una vida digna, sin sanidad, sin educación, sin infraestructuras, sin futuro en fin. Una clase privilegiada sí podía permitirse el lujo de elegir superar su situación mediante el esfuerzo propio o quedarse en el mismo rellano de partida. De modo que los valores del sistema y la calificación de esa sociedad anterior, en su conjunto, debe hacerse teniendo en cuenta todos los detalles de su perfil. Pero no deja de ser cierto que esos dos factores repetidos, el esfuerzo y el trabajo personal, eran caminos válidos para el éxito.

- B. Ahora ya hemos desistido de tales métodos, no creemos que sean ni los mejores medios ni siquiera medios para un fin social de éxito. La mayor parte del sistema educativo está desacreditada, los profesores y maestros constituyen las clases sociales más desprestigiadas [una película yanki de serie B, cuyo título no recuerdo, trata del recorrido profesional de tres personas que han partido de lo más bajo para llegar a lo más alto en el mundo del cine; la mujer, que se ha convertido en una estrella, empezó siendo prostituta; el director, que ha acabado ganando un Óscar, empezó haciendo spots publicitarios; y el guionista, que además del Óscar ha ganado el Pulitzer, empezó siendo... profesor], la disciplina escolar está ausente del universo educativo [en muchas películas de tema docente se ve cómo en los Institutos de Enseñanza Media de los USA, los alumnos tienen armas de fuego en sus taquillas, ni siquiera fingen atender a sus docentes, usan el Centro para sus trapicheos de drogas...], el aprendizaje no existe, la educación menos... Se podrá caer más bajo, pero no será fácil porque el descrédito ha llegado a ser tan absoluto que nadie confía en su resurrección.
- C. Actualmente se prefieren medios más rápidos, –fulgurantes, podríamos decir– para lograr el éxito social y la riqueza; si se tienen algunas cualidades –deportivas, belleza y elegancia, saber negociar, nacimiento– se produce la explosión del éxito de modo fulminante; y si no se tienen, siempre se puede uno arrimar al árbol de mayor copa y sombra, siendo su amigo, su compadre, su querida, su socio, su... para servirse del ascensor social. Claro, la mayor parte de los que sueñan con lo uno o con lo otro, o no tienen esas capacidades o nunca podrán arrimarse a árbol ninguno porque son pocos los árboles y toda su sombra está ocupada. Así que este sistema también tiene graves desventajas y enormes lagunas. Lo que no impide que muchísima gente se entregue al desenfreno de procurarse capacidades que no conseguirá a pesar de los muchos ensayos y entrenamientos, o prebendas que no alcanzará porque no puede ofrecer contrapartidas que el árbol desee a cambio de su sombra comfortable.
- D. Así pues ¿qué valor –acaso pobre, pero efectivo, práctico, concreto– tenemos ahora en esta nueva sociedad, como sustituto del antiguo? La nómina listada que ya hemos visto anteriormente no puede ser más escasa (y/o tremenda):

1. Volver –reverdecer– a los valores antiguos ya desechados y actualmente menospreciados.
2. Aceptar la iniciada invasión de otras sociedades más fuertes, más jóvenes, más ilusionadas, y someternos a su dictado y a sus valores, tan diferentes de los nuestros, tan alejados, tan...

O menos realista:

3. Tratar de producir algo nuevo aunque nacido de las esencias pasadas: conseguir la unidad supra-nacional para volver a sentirnos fuertes y jóvenes de nuevo; resucitar y defender la antigua fe religiosa –que fundó la sociedad y la hizo grande– y basar en ello todo un revivir espiritual del mundo occidental; concebir y propulsar un nuevo propósito común, solidario con el planeta y todas sus gentes; liderar con humildad y sin pretender humillaciones a terceros.
4. O conseguir algo original, distinto, no nacido del pasado ni probado anteriormente: la creación de una nueva reserva espiritual que naciera de la vocación netamente occidental de descubrimientos en la ciencia, avances en la técnica, todos ellos humanizadores e iluminadores, no destructivos ni perversos.

E. No, de acuerdo, no se pueden juzgar estos valores en comparación con los antiguos, ya lo he razonado varias veces: no tiene sentido, ese juicio no significaría nada, siempre resultarían los reos de la sociedad nueva culpables ante los jueces de la sociedad anterior. Pero es tan difícil prescindir de esa comparación... Y sin embargo, la esencia del posible –imposible– juicio negativo está en que los antiguos valores estaban encuadrados en abstracciones de pomposa relevancia, en marcos de estética muy fantástica, muy evanescente, mientras que los nuevos se presentan descarnados, concretos hasta desnudar su peores perfiles, en una foto robot que, como las caricaturas, exagera sus rasgos y los vuelve risibles. Recordemos el ejemplo de la bolsa de cuyo interior se extrae todo el aire hasta que su contenido se estrella contra el plástico del envoltorio como una explosión de relieves brutales. **Un automóvil que se rompe en medio del desierto y cuyos ocupantes tratan primero de remediarlo mediante sortilegios y ritos de antigua belleza estética, con fórmulas mágicas de éxito seguro... hasta que uno de ellos saca del maletero una bolsa de herramientas y, armado de llaves, de alicates y de contundencia práctica, se pone manos a la obra y repara el motor: ¡qué desperdicio de la poesía implícita en las palabras líricas de los sortilegios!... Así se escribe la Historia, reduciendo poco a poco la abstracción de las fórmulas mágicas y**

aumentando poco a poco las toscas y prosaicas llaves de tuercas.
Eso sí, qué pena.

Miguel Cobaleda

Salamanca

Jueves, día 12 de Octubre de 2023

Miércoles, día 25 de Octubre de 2023